

Mario Briceño Perozo

LA ARCHIVOLOGIA COMO CIENCIA Y OTROS APUNTES

29

BIBLIOTECA VENEZOLANA DE
HISTORIA

CARACAS - VENEZUELA

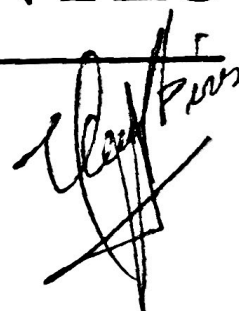
MCMLXXXV

ARCHIVO GENERAL
DE LA NACION

Biblioteca Venezolana de Historia

Mario Briceño Perozo

LA ARCHIVOLOGIA COMO CIENCIA Y OTROS APUNTES



29

BIBLIOTECA VENEZOLANA DE
HISTORIA

CARACAS - VENEZUELA

MCMLXXXV

DOS PALABRAS

A esta excerta de notas archivísticas le da título el trabajo que leímos en las II Jornadas de Investigación Archivológica y Bibliotecológica, celebradas en la Universidad Central de Venezuela (UCV), entre el 5 y el 8 de octubre de 1983 (*La Archivología como ciencia*). Los demás —*otros apuntes*— son escritos de varia data que no figuran en nuestro *Vademecum de Archivología* (1979), los que a pesar de rubro y época diferentes guardan armonía, por cuanto ellos nacieron del mismo propósito de divulgar todo lo que concierne a la cultura, a la historia y a los archivos.

A manera de liminar traemos a este Cuaderno las palabras que el Lic. Mario Cárdenas Ayaipoma pronunció en Lima, el 25 de abril de 1984, en el acto con que los colegas peruanos celebraron los 25 años que cumplimos al frente de la Dirección del Archivo General de la Nación (AGN), y asimismo, juntamos a aquellas frases el trabajo que leyó la Dra. Ermila Troconis de Veracoechea, en sesión de la Academia Nacional de la Historia (ANH), el día 26 de los mismos mes y año citados, consagrada dicha sesión a idéntico fin del que moviera a los amigos del Perú.

En realidad, el 24 de abril de 1959 asumimos la Dirección del gran repositorio documental venezolano y a su servicio nos hemos dado plenamente a través de los cinco lustros que llevamos en ese desempeño.

No creímos que la fecha fuese celebrada en ninguna parte, porque ajenos como somos al bombo y a la

promoción de forzados reconocimientos, tan de moda hoy, tuvimos la convicción de que nuestro aniversario sería totalmente ignorado, pero no fue así y ello por obra de la sincera espontaneidad de buenos amigos y de compañeros en la dura tarea de custodiar los viejos infolios del pretérito y de formar una conciencia archivística en la juventud contemporánea, con miras a que los archivos, tan venidos a menos en una sociedad ávida de dinero y vacía de ideales, alcancen en el futuro la importancia que les corresponde como memoria insustituible del pueblo.

No olvidemos que fue un venezolano de excelencia —Diego Bautista Urbaneja— quien asentó que *sin archivos no hay buen gobierno, no hay orden, no habrá historia*. Sentencia que completó otro eximio compatriota —Tulio Febres Cordero— cuando estampó con frases de oro: *Los archivos son depósitos sagrados, en que cada generación deja huella auténtica de su actividad en lo público y particular. Sobre la puerta de cada archivo debiera fijarse esta inscripción: Garantía del Derecho y Fuente de la Historia*.

Precisamente, la opinión sabia y edificante de los grandes maestros de la Historia y de la Archivología, son los fundamentos de esa conciencia archivística que estamos empeñados en cimentar. Maestros que como Urbaneja y Febres Cordero han dejado oír su voz entre ambos Continentes.

Por la Dirección del AGN han pasado perspicuos varones que dejaron la impronta que nosotros hemos aprovechado y seguido como fecunda enseñanza. Todos con abultados méritos para una lengua permanen-

cia en el cargo, pero ninguno atesoró la fortuna de domeñar la cumbre de los 25 años. Mas, el AGN no los ha olvidado, por el contrario se les rinde perenne homenaje. El nombre y la obra de cada uno, desde Carlos Aristimuño Coll hasta Héctor García Chuecos, entre el 6 de julio de 1912 y el 23 de abril de 1959, son acción palpitante, estímulo permanente en nuestra diaria inquietud.

De los autores del liminar anotamos que el Lic. Cárdenas Ayaipoma es archivero e historiógrafo de valía, está ligado en Lima a las instituciones que más se preocupan por hacer del Perú el país puntero de Hispanoamérica en materia de Archivología, como son el Archivo General de la Nación, en el que se desempeña como Director General de Archivo Histórico, el Grupo Esperanza, la Pontificia Universidad Católica del Perú y la Asociación Peruana de Archiveros (APA). Cárdenas Ayaipoma es autor de notables trabajos de investigación histórica y en la cátedra universitaria goza del más amplio prestigio.

De la doctora Veracoechea decimos que es brillante y acuciosa investigadora, con una copiosa bibliografía en su haber de historiadora especializada en el período colonial; fue Subdirectora del Archivo General de la Nación y directora del Departamento de Investigaciones Históricas de la Academia Nacional de la Historia (ANH), actualmente se desempeña con lujo de aptitudes como Directora de la Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Es individuo de Número de la ANH (Sillón Letra "Q") y es Correspondiente de numerosas instituciones nacionales y

extranjeras. A su devoción por los archivos se debe en gran parte la ordenación y clasificación de los fondos del Archivo Arquidiocesano de Caracas, uno de los repositorios históricos más importantes del país. Es Presidenta de la Asociación Venezolana de Archiveros (AVA).

La más señalada ganancia que hemos obtenido en nuestra vida de archivero, ha sido haber cultivado amistad con colegas de las más diversas latitudes, amistad diáfana y verdadera que es transparente y auténtica como la verdad que recogen los nobilísimos papeles del pretérito que nosotros a diario manejamos en el silencio imponente de nuestro rincón de trabajo, ese humilde rincón que los técnicos ingleses llaman *research stall*. Y es honda satisfacción, igualmente, haber llevado al ánimo de la juventud el amor y la preocupación por los archivos. Tenemos la seguridad de que los archivólogos que en buena madera tallan las Universidades Nacionales, especialmente la UCV, desarrollarán un papel de primer orden en la Venezuela del futuro.

De los mensajes que recibimos con motivo de nuestros 25 años en el AGN, uno nos vino de la Roma milenaria con fecha 10 de marzo de 1984. Dice así: "Caro ed illustre Collega ed Amico, il 25 aprile 1984 Lei compirà 25 anni como Direttore dell 'Archivio Generale della Nazione del Venezuela. A nome dell 'Archivio di Stato in Roma e mio personale, invio a Lei ed all 'Archivio Generale della Nazione vivissime felicitazioni per la fausta ricorrenza ed auguri di buon lavoro. Con i piú cordiali saluti, mi creda. Suo, Prof. Dr. Elio Lodolini. Direttore Archivio di Stato in Ro-

ma''. Meses despues, el Maestro Lodolini nos envió el primer ejemplar de su más reciente obra "*Archivistica. Principi e problemi* (Milano, 1984). Los conceptos del sabio archivólogo Lodolini nos honran sobremanera.

Y esto mismo cabe registrar en torno al Prof. Dr. Pedro Grases, nuestro eminente bibliógrafo, quien nos abrumó con el más generoso de los juicios: "Los archiveros son figuras de héroes, como es el caso de Mario Briceño Perozo". Juicio que la bondad de César Gutiérrez Muñoz llevó como recuadro a su muy leído mensual *Mundo Archivistico* (Lima, abril de 1984, N° 14, p. 4).

En "2001", su Director Lic. Pedro Ramón Romera, nos colocó en su ya famosa sección *La figura de hoy* (Caracas, lunes 7-V-84, p. 5); en *Hoja Archivera y Epoca* de Piura (Perú), y en revistas y boletines rotarios y bolivarianos de Caracas y del interior nos dedicaron comentarios tan bondadosos como el de Romera. Por otra parte, en esquelas, telegramas y telefonemas recibimos el mensaje de muchos amigos, en su mayoría de la gente que frecuenta al AGN, la que de por sí forma ya una crecida familia. Los archivos, aunque parezca raro, son núcleo propicio para la integración de un especial grupo familiar, constituido por investigadores, historiógrafos, escritores, líderes políticos, poetas, periodistas, profesores, economistas, sociólogos, artistas, bibliófilos, abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, naturalistas, geógrafos, bibliotecarios, museólogos, militares, religiosos, lingüistas, etc. No existe nada más vinculante y más atractivo que un archivo y al contacto de sus fondos documentales el tiempo pasa sin hacer ruido. Recuérdense que la investigadora norte-

americana, Miss Alice B. Gould, admiradora de la figura de Cristóbal Colón, se fue a Sevilla en 1923, con el propósito de dar una breve ojeada a papeles relacionados con el Almirante, existentes en el Archivo General de Indias (AGI), y lo que pudo ser una corta visita de varias semanas la retuvo allí cerca de veinte años.

Tradicionalmente la familia del AGN se reúne en su sede de la Avenida Urdaneta —Santa Capilla a Carmelitas— en la última semana de diciembre de cada año, en especial el 28, día de los Santos Inocentes. Ese convite tiene por objeto despedir al año que se va, previa evaluación de las actividades cumplidas durante el mismo, y dar la bienvenida al que se aproxima, con el anuncio de las metas que aspiramos conquistar.

De nuevo, nuestro agradecimiento para todos, en especial a los espontáneos prologuistas de este Cuaderno, los entrañables colegas profesores Mario Cárdenas Ayaipoma y Ermila Troconis de Veracoechea.

Mario Briceño Perozo

Caracàs, febrero de 1985

A GUIA DE LIMINAR

MARIO BRICEÑO PEROZO, EL ARCHIVERO

Por Mario Cárdenas Ayaipoma

Semblanza del archivero

Don Mario Briceño, el archivero venezolano, es un hombre que ha dedicado gran parte de su vida a trabajar, preocuparse y escribir sobre archivos. Como educador, escritor y hombre de leyes ingresa al campo de la historia —obligada peregrinación de todo intelectual—, que es uno de los medios que con mayor eficacia se maneja para educar, entender los fenómenos en que estamos inmersos, buscar el sustento a la justicia y otros tantos menesteres más. Pues bien, este contacto lo conduce a los documentos y estos directamente a los archivos, por lo tanto su trajinar por los archivos se hace a temprana hora, que va a obligarlo a su vez a preocuparse por estas entidades: De este modo comenzó sirviéndose de los archivos, para convertirse luego en servidor de ellos.

Su labor de archivero se intensifica al haber sido nombrado en 1959 (24 de abril) Director del Archivo General de la Nación, en cuyo cargo continúa y desde donde ha impulsado el acopio, organización y publicación de documentos; se ha preocupado por dotar de una legislación acorde a las circunstancias actuales y que permita un status y organización más funcional del Archivo General de Venezuela, en esta tarea viene bregando desde hace muchos años, y ha preparado proyectos de ley que lamentablemente el parlamento, preocupado quizás como el nuestro en otros problemas tal vez más acuciantes de esta época crucial, aún no ha

atendido. Ha animado eventos especializados e impulsado el desarrollo de los demás archivos de la administración pública; pero su atención también se fijó en los archivos particulares y eclesiásticos porque son fuentes importantísimas para la historia.

En relación a los archivos eclesiásticos considera necesaria la concentración de sus fondos para garantizar una tecnificada conservación y organización, por ello en el "Primer Seminario de Intercambio de Tecnología Archivística" presentó un informe sobre la concentración efectuada en Venezuela y recomendó hacer lo mismo en el resto de América. Ha escrito muchos trabajos sobre este campo, publicados en diversas revistas y folletos, la mayor parte de las cuales han sido reunidos en el *Vademecum de Archivología*.¹

Su preocupación por mejorar la organización y servicio de los archivos venezolanos, que como en el resto de América se hallaban relegados al último lugar de la administración, donde iban a parar viejos documentos inservibles a los administradores, muebles viejos y equipos inútiles para los altos burócratas y viejos empleados, cansados o conflictivos que no eran aceptados ya por ninguna otra oficina, situación que tratará de cambiar una generación de archiveros latinoamericanos a la que pertenece don Mario, como el Padre Alberto Lee López, César A. García Belsunce, Luis Manuel Rodríguez Morales, Guillermo Durand Florez y otros.

1. *Vademecum de archivología*. AGN. Caracas 1979.

En esta tarea de mejorar los archivos, dio gran importancia a la formación y perfeccionamiento de profesionales en un campo que nacía como nuevo por las técnicas introducidas a pesar de ser una viejísima profesión, impulsó esta tarea a partir de la fundación de la Asociación Venezolana de Archiveros, de la que fue su fundador y en varias oportunidades su presidente, desde las cátedras de “Diplomática”, “Organización Administrativa Española e Hispanoamericana”, “Transcripción de Documentos” y “Principios Generales de Derecho y Legislación Archivística” de la Escuela de Bibliotecología y Archivología de la Universidad Central de Venezuela. Su preocupación permanente ha sido, pues, “alentar la formación académica de profesionales de la Archivología”.²

Las múltiples tareas cumplidas en su país desde la Dirección del Archivo General, se proyectan a nivel latinoamericano y mundial. Organiza el Primer Congreso Bolivariano de Archiveros³ y sirve de acicate e impulsor del 2º Congreso realizado en Lima (1974), participa en eventos internacionales sobre archivos donde presenta ponencias y proyectos. Como reconocimiento a esta labor nacional y latinoamericana fue elegido Primer Vicepresidente del Consejo Internacional de Archivos para el período 1968-1972.

2. Ponencia en el 1er. Seminario para el intercambio de Tecnología Archivística. Lima, diciembre de 1979.

3. Boletín interamericano de Archivos, Volumen I, Córdoba 1974.

Semblanza humana del archivero Mario Briceño

Este hombre que seguramente marca una época en la Archivística venezolana, trasunta sencillez y calor humano que le permite ganarse el aprecio de las personas que lo tratan. Dueño de una conversación amena y llena de anécdotas aleccionadoras sobre todo cuando trata con jóvenes a los que se dirige como maestro comprensivo y orientador; pero su actitud y su conversación se hacen graves cuando trata de problemas éticos y sociales que agobien nuestra profesión y nuestra sociedad; es decidido y contundente defensor de la honestidad y la justicia, condena el otorgamiento de cargos y funciones basados en criterios que no sean la idoneidad,⁴ censura a la sociedad contemporánea lacerada con profundas diferencias; en fin, le disgusta quienes maniobran por mezquindades, a los que enfrenta resueltamente a manera de un quijote.

Un archivero multifacético

El Dr. Briceño es un hombre de formación múltiple: educador, escritor, periodista, abogado, doctor en Ciencias Políticas y Sociales, etc. que ha desempeñado también diversas funciones. Como educador de primaria urbana y de secundaria ha tratado con niños de corta edad y con adolescentes, tal vez esta experiencia le ha permitido adquirir esa actitud de benevolente comprensión con los interlocutores; su vocación de maestro lo llevó a la Facultad de Humanidades y Educación en la Universidad Central de Venezuela. De-

4. Ponencia referente a formación profesional, 1er. Seminario...

sempeñó funciones públicas: Miembro de la Corte Suprema del Estado Trujillo, Juez Superior en lo Civil, Mercantil, Penal, Menores y del Trabajo en el Estado Falcón; y Gobernador del Estado Trujillo. Como historiador y devoto bolivariano ha publicado diversos trabajos especialmente sobre el Libertador y los personajes y hechos relacionados con él, en revistas y folletos; como biógrafo ha elaborado "Don Juan de Trujillo", homenaje a don Juan Bautista Carrillo Guerra, prócer y múltiple hombre público que actuó predominantemente entre fines del s. XIX y comienzos del XX en Trujillo (Venezuela), la ciudad natal de don Mario. Como literato ha incursionado con diversos trabajos en prosa y verso, mereciendo elogiosas frases de personajes universales como José María Pemán y de los intelectuales de su patria e Hispanoamérica, también le han reconocido otorgándole la calidad de Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia; Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua y Miembro Correspondiente de las Reales Academias Españolas de la Historia y de la Lengua. Distinguido con Medalla de Plata del Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos de Nueva York, III Certamen Literario Internacional (1963), Mención Honrosa, Premio de Estímulo a la Investigación y Estudio de la Historia Militar Peruana "Luis A. Eguiguren" (Lima, 1968), y Profesor Honorario de la Universidad Nacional de Trujillo (Trujillo, Perú, 1981). Esta breve relación nos muestra a don Mario como el archivero de amplia cultura, con proyección y dedicación a la archivística, nueva y aún no bien comprendida disciplina.

Lima, 25-IV-84.

25 AÑOS EN EL AGN

Por Ermila Troconis de Veracoechea

Acepté decir estas palabras por la amistad y el aprecio que desde hace muchos años me unen a nuestro querido compañero académico Dr. Mario Briceño Perozo. Pero éstas han de ser breves, pues bien conozco la personalidad de nuestro homenajeador y se que realmente no es hombre que guste ni de agasajos ni de alabanzas.

Por tanto, sólo haré una remembranza, un recuerdo del pasado, por los 25 años que hoy cumple el Dr. Mario Briceño Perozo como Director del Archivo General de la Nación.

Retrocedo en el tiempo y llega a mi mente una imagen del año 1962: como estudiante de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela debía ir al Archivo General de la Nación a revisar la Sección Encomiendas para extraer de allí algunos datos que conformaran una fichas de resumen para un trabajo de cátedra.

Preguntando, logré llegar al vetusto local, entre Santa Capilla y Carmelitas y quedé sorprendida de que, a pesar de haber pasado toda mi vida en esta ciudad capital, hasta ese momento tal edificio había pasado desapercibido para mí.

Traspasé el umbral y comencé a contar los primeros escalones que llevan al descanso, para luego bifurcarse en dos escaleras laterales. Allí, en el descanso, sin saberlo, estaba el primer contacto con un pensamiento de profunda significación:

“La historia no es un pozo sino un río cuyas fuentes es necesario conocer y resguardar”.

Varios días consecutivos estuve asistiendo al Archivo, y al contacto con los tomos de viejos infolios, algunos apolillados, percibía su olor característico, al cual me fui acostumbrando gratamente con el correr del tiempo.

Una mañana en que me hallaba trabajando en el Archivo de la Academia de la Historia, en este Palacio de las Academias cuyos corredores y jardines ya para entonces comenzaban a hacerse familiares para mí, tuve la oportunidad de que me presentaran al Bibliotecario-Archivero y descubrí con sorpresa, pero con alegría, que era, a su vez, el Director del Archivo General de la Nación.

Y esa misma persona que conocí en un lejano instante, 22 años atrás, ha sido, durante esta larga caminata, un amigo sincero, expresión sencilla de una difícil condición del ser humano de hoy en día. Y esa amistad me enorgullece.

El Dr. Briceño siempre ha estado presente en actos trascendentales de mi vida: en 1972 fue Jurado Principal en mi concurso de oposición para ingresar como docente a la Universidad Central de Venezuela; en 1973 fui nombrada Sub-Directora del Archivo General de la Nación y trabajé junto a él por 4 años y medio, los más fructíferos de mi formación profesional, por haber tenido la oportunidad de estar en contacto real y constante con la historia, con el mundo de los archivos y con una persona que sabe de archivos; en 1978 ustedes, mis amigos, tuvieron a bien concederme el privi-

legio de estar de por vida en este augusto recinto como Individuo de Número de su corporación y la primera llamada de felicitación que recibí fue del Dr. Briceño Perozo. En su voz noté, no el cumplimiento de un deber de compañerismo, que también se agradece, sino la voz eufórica de alguien que realmente se alegraba y compartía conmigo la emoción del momento.

El trato continuo, a través de todos estos años, me ha convencido de que aquella primera impresión favorable que me causó el Dr. Briceño de hombre sincero, sin dobleces, serio en sus apreciaciones y con un gran sentido del humor, se ha mantenido incólume a través del tiempo. Lo del sentido del humor parecerá extraño a algunas personas, por su aparente tono seco en el trato, y confieso que siento cierto orgullo al decir que es una faceta de su personalidad con que sólo favorece a las personas de su más alta estimación y aprecio.

Los que hemos dedicado varios años de nuestra vida a revisar antiguos documentos contentivos de la verdad histórica, comprendemos y valoramos la obra que, con eficacia pero calladamente, ha realizado durante este cuarto de siglo el Dr. Briceño al frente del Archivo General de la Nación. Porque la labor de un archivero no es fácil, ni tampoco es usual que sea objeto de loas y de homenajes: es como un trabajo de orfebrería, lleno de pequeños y menudos detalles, que requieren tenacidad y esfuerzo. Pero el archivero, a diferencia del orfebre, debe trazarse un objetivo tan a largo plazo, que es difícil llegar a ver los propios resultados de su esfuerzo. Sin embargo, en este caso, el Dr. Briceño puede ufanarse de haber realizado gran parte de esos objetivos, a pesar de las limitaciones y de las circunstancias.

Su labor, desconocida para muchos, no ha sido sólo la de salvaguardar el patrimonio histórico que se le ha confiado; también ha proyectado la imagen de Venezuela en su campo archivístico, hacia otras latitudes. Desde Canadá hasta la Argentina es conocido el Archivo General de Venezuela y llama la atención las importantes relaciones de amistad y de cooperación que el Dr. Briceño ha logrado establecer con muchos países de América y de Europa, donde se conoce y se estima la personalidad del Director y se respeta la institución a su cargo.

Ya de por sí, ésta sería una meritoria labor; pero él ha ido más allá al fomentar y estimular, en forma práctica, los estudios archivísticos en nuestro país. La preparación que obtuvo profesionalmente en los archivos españoles lo han convertido en una autoridad en el campo de la Paleografía y la Diplomática y gran parte de la obra realizada por la Escuela de Bibliotecología y Archivología de la U.C.V. se debe a sus consejos, a su liderazgo sensato y a su comportamiento de docente cabal, de maestro integral, al dictar cátedra práctica en esa Escuela, utilizando las instalaciones y los fondos documentales del Archivo, que es la única forma de preparar eficazmente a los estudiantes de estas carreras humanísticas: hay que ir a las fuentes, conocer los archivos y manejar apropiadamente la información.

El Dr. Briceño es un docente nato: allá en su pueblo trujillano fue ductor de juventudes, con lo que significaba ser maestro en esa época, en todo el cabal sentido de la palabra. Ser maestro, en un alejado pueblo del interior era esparcir la chispa divina del conocimiento con mística, con dedicación, con amor.

Ejerció su magisterio con el mismo tesón con que ha ejercido su cargo de Archivero, tanto en el General de la Nación como en el de esta Academia.

El Dr. Briceño ha sido vida y nervio del Archivo, de la Biblioteca y la Hemeroteca de la Academia de la Historia. A través de más de dos décadas ha sabido conjugar sus múltiples tareas con el cargo de Bibliotecario-Archivero, lo cual no ha sido nada fácil si nos percatamos de que el rico material original de esta institución ha sido catalogado, clasificado y organizado en tal forma que no es raro oír la opinión de investigadores, venezolanos y extranjeros, que acuden diariamente a la consulta, expresándose en los términos más elogiosos en cuanto a las facilidades que hay para localizar la información. Ha sido también obra del Dr. Briceño seleccionar y formar gran parte del personal que hoy en día maneja con responsabilidad y eficacia los fondos documentales, hemerográficos y bibliográficos a que hago referencia.

Además, un punto de relevante importancia es el hecho de que unas dependencias que, al comienzo, eran privadas, para uso exclusivo de los académicos, hoy en día pueden ser utilizadas beneficiosamente por estudiantes, profesores e investigadores que acuden a consultar esos materiales en este remanso de paz y de sosiego, especie de oasis en medio de una ciudad traumatizada por la contaminación y la deshumanización de sus integrantes.

Maestros y archiveros hay muchos, pero sólo alguien con sensibilidad y espiritualidad puede llegar a ser un buen maestro y un buen archivero. Son dos pro-

fesiones que se atraen y se complementan, pues el hecho de investigar en esos documentos que día a día pasan por sus manos y ante sus ojos no sería suficiente si ese conocimiento de la realidad histórica no tiene destinatarios: y éstos son, en primera instancia, los discípulos. De allí que la labor doblemente fructífera del Dr. Briceño se haya visto realizada en esas dos vertientes: la de vigilancia, cuidado y protección de ese patrimonio histórico nacional y la de la toma de conciencia al transmitir ese conocimiento a nuestra juventud estudiosa.

Su interés por la obra bolivariana lo ha llevado a un sitio privilegiado que refleja el reconocimiento a su labor: es actualmente el Presidente de la Sociedad Bolivariana de Venezuela y desde allí realiza un encomiable trabajo que mantiene en alto el nombre de esa institución que, por años, ha sido ductora de otras similares en distintas ciudades de Venezuela.

Pero una persona con esta sensibilidad cultural difícilmente podría apartarse del campo de las letras y la literatura, por lo cual tengo que aludir a su condición de Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua, adonde lo condujeron sus méritos literarios y su sensibilidad poética.

Maestro, historiador y poeta son sólo tres pinceladas para definir a una persona íntegra, que por sus dotes intelectuales, espirituales y personales ha sabido granjearse el aprecio y el cariño de todos los que tenemos el privilegio, cada jueves, de comprobar su *espíritu académico* (como diría nuestro inolvidable ex-Director, Dr. Parra Márquez), factor esencial para

mantenerse en perfecta armonía en un medio donde por largos años, afortunadamente, debemos compartir momentos agradables y situaciones delicadas, pero procurando cada uno de nosotros conservar siempre el equilibrio de las pasiones, para así poder crear un ambiente propicio al diálogo y a la amistad.

Dentro de este contexto de convivencia y de respeto mutuo, la figura del Dr. Mario Briceño Perozo es firme pilar que sustenta las bases de nuestra institución.

Caracas, 26 de abril de 1984.

LA ARCHIVOLOGIA COMO
CIENCIA

LA ARCHIVOLOGIA COMO CIENCIA

Domingo Buonocore, bibliógrafo y bibliotecólogo ilustre, autor de notables obras en el campo de su profesión, entre otras *Vocabulario Bibliográfico* (1952) y *Diccionario de Bibliotecología* (1963) ha sostenido que la archivología es una técnica y no una ciencia propiamente dicha, que es una disciplina *inferi* y que su contenido es menos elaborado y sistemático que el de la bibliotecología y la museografía.

Hay veces que se hace bastante difícil separar en forma absoluta los términos ciencia y técnica, ya que en tantos conceptos y definiciones uno aparece inserto en el otro, como cuando se considera a la técnica el conjunto de procedimientos y recursos de que se sirve una ciencia o un arte, entendemos en el caso de la apreciación de Buonocore que a la archivología se le cataloga como arte y en este sentido nuestra disciplina encierra una porción de reglas idóneas para orientar en forma eficaz la actividad y desarrollo de los archivos. La voz técnica tiene su origen en los idiomas griego y latino, en el primero: *téknee*; en el segundo, *technicus*, que significa arte, industria, habilidad, expediente. En alemán: *technik*, francés: *technique*, inglés: *technic* e italiano: *tecnica*.

Asimismo entendemos que cuando se dice que el contenido de la archivología es menos elaborado y sistemático que el de la bibliotecología y la museografía, es dentro de la concepción de que la archivología estuvo unida *ab-initio* a estas ciencias como arte, como téc-

nica, pero que después, al definir y ensanchar su contenido, individualizar sus principios, sistematizar sus conocimientos y enseñanzas y crear su propia metodología, se separó de aquellas, dejó de ser apéndice para transformarse en una ciencia autónoma, con fisonomía propia, con principios hondamente arraigados en la historia de la humanidad y con alcances de lengua proyección.

¿Disciplina *infieri*, la archivología? La locución latina se contrae literalmente a lo que está por hacer. Años antes de Buonocore, el insigne archivero español Pbro. don Marcelo Núñez de Cepeda y Ortega, catedrático de Archivología, Paleografía y Diplomática en el Seminario Diocesano de Pamplona, enseñaba que la Archivología, la ciencia de los archivos, "es el conocimiento de los medios empleados por los hombres para transmitir a las generaciones futuras el fruto de sus investigaciones científicas y hechos históricos consignados unas y otros en documentos que por hallarse generalmente custodiados en lugar seguro, que es lo que significa la palabra archivo, ha tomado este nombre". El citado profesor llama a la Archivología ciencia general de los archivos, para señalar con esta expresión todo lo que se refiere a los repositorios documentales, sin dejar de reseñar la división que hacen algunos especialistas entre archivología y archivonomía, asignando a la primera la clasificación y catalogación de los fondos documentales, y a la segunda la conservación de los documentos, local, estantería, legajos, cajas, higiene del local, etc. Núñez de Cepeda nació en Zamora el 16 de enero de 1879 y murió en Pamplona el 25 de julio de 1972; fue Licenciado en

Teología y en Filosofía y Letras, miembro del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos de España, actuó en los archivos de Alava y Navarra, dejó una copiosa bibliografía en materia histórica y archivística. Mencionamos tres de sus obras: *Un ensayo para ordenar la documentación de los archivos de las Delegaciones de Hacienda*. Vitoria, 1927; *Elementos de Archivología, Paleografía y Diplomática*. Pamplona, 1943; y, *Manual Teórico-Práctico del Archivero*. Pamplona, 1947. Lo que citamos párrafos arriba está en la segunda de las obras mencionadas, p. 9.

El vocablo ciencia, del latín *scientia*, que denota conocimiento, proviene de *sciens*, que alude al que sabe, se ligó desde un comienzo con el arte, al punto de que se consideraba científicamente realizado lo que se hacía según las reglas del arte o ciencia a que pertenece la persona que hacía la cosa, es decir el científico (*scientificus*), hombre versado en una o en muchas ciencias.

Saber y conocer fueron términos que los filósofos de la antigüedad circunscribieron a las formas elevadas de la sabiduría y del conocimiento. Cualquiera podía tener conocimientos comunes, vulgares, y hacer las cosas conforme a las reglas de su estrecha ilustración, pero ello no le daba categoría de científico. Esto reclamaba mucho más. Y tal circunstancia fue, con el tiempo, dando campo específico a las reglas del arte y a los principios de la ciencia.

En la Edad Media campea el racionalismo en el ámbito de la ciencia, pero los modernos de los siglos XVI y XVII, imponen su preocupación por el mundo

natural y preconizan la observación y la exploración sistemáticas. Todo ha ido en evolución constante, indefinida. Y en este sentido para el científico contemporáneo la ciencia no es solo saber, conocer profundamente, sino, además de esto, antever el porvenir, fijar las metas que se debe alcanzar de acuerdo con el progreso que marca el tiempo.

Los archivos, la médula de la ciencia que nos ocupa, nacieron del propósito que movió al hombre de reunir sus documentos para tener memoria perenne de sus actuaciones. Esa actuación se reflejó en las primeras materias escriptorias, como las tabletas de arcilla y las enceradas, el papiro y el pergamino. Esas primitivas escrituras se guardaron en lugares sagrados: los templos, y sus custodios, es decir los archiveros, fueron los sacerdotes.

Después vendrán las chartas bombicina y cuttanea, con que se inicia el papel, traído a España por los árabes que dominaron el Turquestán. Los testimonios españoles más antiguos se remontan a los siglos XI y XII.

Con este nuevo elemento, el archivo se ensancha, pero su función medular no cambia, porque esa función consiste en conservar la memoria del pueblo y como el pueblo no muere los archivos son eternos.

Cambian, sí, los sistemas de archivar, aún cuando muchos son mejorados, actualizados, en forma tal de que no se les desecha del todo. En el siglo XV, sobre el escritorio del ejecutivo y en la pared de la sala de secretaría podía observarse el espigón, que en la actualidad se concreta a empresas pequeñas, tiendas, farmacias,

fondas, etc.; el nido de palomas, mueble que todavía se ve en algunas oficinas postales, en hoteles y en laboratorios; las carpetas de acordeón con clasificación alfabética inventadas en 1860; el archivo horizontal, que surge en 1868; el archivo caja, que fue una novedad para 1875, por cuanto en forma técnica señalaba la manera de guardar la correspondencia en orden alfabético; la tabla Shannon, cuya uso empieza en 1880 y no ha pasado, puesto que es un sistema muy práctico para agrupar papeles surgidos de la diaria actividad; el archivo vertical (1892), los papeles descansan en carpetas colocadas en posición vertical, en muebles provistos de gavetas acondicionadas al efecto, la ordenación es alfabética; y, finalmente, los archivos automáticos.

Los últimos son la culminación de un proceso de mecanización y simplificación, aplicable en su mayor parte a los repositorios de tipo administrativo. En los históricos no pueden desecharse los métodos tradicionales, porque estos están unidos a la propia historia y sus fondos son insustituibles.

La ficha perforada, el archivo electrónico, el cerebro electrónico, son todos expresión de una técnica que se desarrolla prodigiosamente y que viene a engrandar el radio de acción de la ciencia archivológica.

En una oportunidad, a los archivos históricos se les llamó archivos muertos, sencillamente porque no respondían sus papeles a hechos recientes del hombre, pero este calificativo es tan absurdo como el que se empleó para los idiomas griego y latín, cuyas raíces viven llenas de frescura en los idiomas modernos.

En Norteamérica hablan los profesionales de la Archivística, de *archivos muy activos, activos, semiac-tivos e inactivos*, según un porcentaje de trabajo que ellos le asignan a cada uno, esa clasificación se refiere, claro está, a los archivos administrativos. En los históricos la actividad tienen dos vertientes, una constituida por la labor que realizan los archiveros en las funciones propias del instituto, desde la ordenación de fondos, extracto de documentos, clasificación, catalogación, indización, restauración, preparación de material para el Boletín y para las ediciones de volúmenes y cuadernos, hasta el servicio que ha de prestarse a los usuarios. La otra vertiente, es la que integran los consultantes, el investigador, el historiógrafo, el profesor, el periodista, el estudiante que vienen al archivo, de lunes a viernes, a buscar el contacto con los viejos infolios. De esta guisa cabe apuntar que el archivo histórico, jamás puede ser un cuerpo muerto, por el contrario es núcleo de actividad creadora, de trabajo incesante, de allí que no sea inactivo, ni semiactivo, más bien activo o mejor muy activo (*very active*).

El archivo es desde su más remotos orígenes algo de suma importancia dentro del Estado, por tanto su cuidado, su dirección, debe estar en manos de un ejecutivo a la altura de aquella importancia. Si esto reza para los archivos públicos, también ha de abarcar a los de la empresa privada. En ninguna de las dos partes ha de considerarse al archivero como un servidor subalterno, ni al archivo como una dependencia corriente.

Al recalcar el alto valor de los archivos y la destacada significación del archivero, colocamos en el lugar que le corresponde a la Archivología, pero sin des-

medro de las otras ciencias a las cuales está vinculada, como la Historia, la Paleografía, la Diplomática, la Museografía, la Arqueología, la Criptografía, el Derecho, la Grafología, la Sigilografía, la Filología, la Heráldica y la Química. Mención aparte merece la Bibliotecología que es la más cercana a nuestra ciencia, por ello asentamos una vez que las misiones que cumplen en la sociedad archivólogos y bibliotecólogos, son misiones gemelas, porque vienen del mismo tronco, las conjunta el mismo espíritu de servicio y son generadoras de la misma inquietud. Todas las citadas son ciencias auxiliares de la Archivología. Y al cuadro descrito agregamos como coadyuvante poderoso un arte: la Caligrafía.

En nuestro trabajo *La Ciencia de los Archivos* (1969. Vid: M.B.P. *Vademecum de Archivología*, Caracas, 1979), fundamentamos la razón de la existencia de la Archivología como disciplina autónoma, sobre varios puntos que hoy reiteramos: Los principios de la Archivología son universales y existe en su contenido una perfecta conexión sistemática. Sus causas —que otros podrían llamar razones ontológicas— son trasunto cabal de su vinculación íntima con su objeto, constituido por la masa documental y los archivos. Del campo archivológico emanan leyes que declaran, regulan y limitan la estructuración y funcionamiento de los archivos, desde los más simples repositorios hasta los más altos establecimientos documentales. Su radio crece cada día porque lo que se archiva no es tan solo el instrumento escrito, también lo que se le asimila en otros planos, como en el audiovisual los discos, las cintas magnetofónicas y las películas (p 123).

En el Diccionario de la Lengua Española, la Real Academia no ha incluido el término Archivología, es posible que lo haga en la futura edición, que será la vigésima. Nosotros lo propusimos en el VI Congreso de Academias de la Lengua, que se celebró en Caracas, entre el 20 y el 29 de noviembre de 1972. Las menciones son muy concretas: *Archivología*: Ciencia que estudia los archivos en todos sus aspectos. *Archivólogo, ga*. Persona que profesa la Archivología; egresado universitario con título académico de...

Las papeletas para un diccionario impiden extenderse en la descripción del vocablo, mas en lo que atañe a nuestra disciplina, importa que transmitamos la definición completa que hemos querido difundir: Archivología es la ciencia que se contrae al estudio del origen, formación, organización, razón jurídica, ordenamiento legal y funcionamiento de los archivos (M.B.P. ob. cit. p 122). Creemos que este concepto completa el dado por el padre Núñez de Cepeda y Ortega cuatro décadas atrás.

Los archivos venezolanos esperan en su dirección y orientación a los archivólogos. Falta la norma que imponga a la Administración Pública el lleno de este vacío. En nuestro *Anteproyecto de Ley del Archivo General de la Nación*, para sustituir la *Ley de Archivos Nacionales* de 26 de junio de 1945, incluimos varias disposiciones en este sentido, citamos la contenida en el Art. 11°. Para el desempeño de la dirección de los archivos oficiales, se requiere poseer el título profesional correspondiente. El título a que se contrae este artículo es el de Licenciado o Doctor en Archivología, obtenido en Universidades nacionales o del extranjero (*Ibidem*. pp 190-191).

El anteproyecto en mención ha dormido en el Ministerio de Justicia desde 1961 y una copia que hicimos llegar en 1979 a la Cámara de Diputados, por intermedio de cinco representantes, no pasó de una de las Subcomisiones. La realidad es que falta una conciencia archivística entre nosotros. Y esa conciencia, a formar en todos los niveles, debe comenzar por la divulgación en grande de la importancia de los archivos como alma de las instituciones públicas y privadas, del patriótico papel que cumplen los archiveros en la sociedad y de las bondades de una ciencia nueva —la Archivología— ante la cual se abren todos los caminos del porvenir.

BLAS GALLARDO,
BENEFICARIO DEL AGI

* Este trabajo fue leído en las II Jornadas de Investigación Archivológica y Bibliotecológica, celebradas en la UCV, entre el 5 y el 8 de octubre de 1983.

BLAS GALLARDO, BENEMERITO DEL AGI

Quien haya visitado el Archivo General de Indias, de Sevilla, en los últimos 32 años, tiene, necesariamente, que recordar a Don Blas Gallardo Verdugo, Conserje de aquel Instituto, a quien se le ha jubilado por haber cumplido los 70 años de edad.

El gobierno de España, a solicitud del Director del A.G.I., concedió a Gallardo su ingreso en la Orden de Isabel la Católica, creada con el objeto principal de premiar los servicios en las relaciones hispano-americanas. De esta guisa, a Don Blas le ha sido otorgada la Cruz de Plata de la mencionada Orden.

Gallardo empezó a trabajar en el Archivo sevillano en el año de 1929, de manera que, para el momento de su jubilación (Noviembre de 1964) contaba 35 años de labor, de los cuales 32 como Conserje. A su entrada al Instituto tenía 35 años de edad.

Pero a Blas Gallardo no solamente se le recuerda por haber sido el Conserje del Archivo de Indias, además, y en gran manera, por sus prendas de caballerosidad, su ameno trato, su porte distinguido, su conversación fácil e ilustrada y su empeño de servir con la mayor solicitud a todos los investigadores, en especial a los del Nuevo Continente, aventados allí por la pasión de escudriñar en el viejo infolio el dato preciso, la verdad desnuda, acerca de hechos y de hombres del pasado americano.

Gallardo, por los tantos años de ajetreo en la consulta de legajos, en el recorrido por las diversas Sec-

ciones del A.G.I. y en la revisión constante y continua de los ficheros, conocía de memoria muchas cosas que para otras personas constituían verdaderos secretos. Pero él no era egoísta, presto estaba para volcar su tesoro en quienes a él acudían en demanda de información; y lo hacía gustoso, solícito, rubricando su complacencia con una ancha sonrisa.

La actuación de Gallardo no se circunscribía al AGI, al terminar el horario de su Conserjería, se marchaba a la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, en la Calle Alfonso XII, N° 12, y allí hacía de auxiliar en la Biblioteca, también con luengos años de trayectoria. Igualmente, como en el Archivo, en esta Biblioteca, Gallardo destacaba por su cultura y el amplio conocimiento que tenía de los fondos bibliográficos bajo su custodia.

En Sevilla, tanto el personal del Archivo de Indias, como el de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, se han aprestado para homenajear a Blas Gallardo, el anciano benemérito, con motivo del galardón que dignamente cuelga de su pecho y de la jubilación con que se le retira de sus diarias actividades públicas. Nosotros nos sumamos de todo corazón a este reconocimiento tan merecido y tan sincero.

Los servidores de la talla de Blas Gallardo Verdugo se hacen acreedores a toda clase de premios, y entre estos, a que su labor sea recordada y admirada perennemente. (1964)

CONCIENCIA ARCHIVISTICA

La prensa de México, en especial el gran diario *Excelsior*, se ha hecho eco de una redoblada campaña por salvar los archivos históricos de aquel hermano país. Este movimiento lo han iniciado siete historiadores, pertenecientes a diversas instituciones vivamente interesadas en la investigación del pretérito hispanoamericano, como la Universidad Iberoamericana, el Comité Mexicano de Ciencias Históricas, el Colegio de México, la UNAM, etc.

Los historiadores mexicanos Beatriz Ruiz Gaytán de San Vicente, Arturo Azuela, Jorge Alberto Manrique, Jorge Gurría Lacroix, Alvaro Matute, Enrique Florescano y Josefina Vázquez, son los promotores de la supradicha campaña. Ellos han querido mover la conciencia de sus compatriotas ante las pérdidas irreparables que ocasionó el incendio del palacio del gobierno de Zacatecas, el 25 de noviembre de este año, en que buena parte de los fondos históricos del archivo allí custodiados pasó a ser pasto de las llamas; y lo que antes fueron papeles de entrañable significación para México, se convirtieron en cenizas.

Los caballeros historiadores de esta loable cruzada, se han dirigido en carta del 1-XII-75, a don Francisco Javier Alejo, Secretario del Patrimonio Nacional, de quien demandan la realización, a nivel general, de un censo de archivos mexicanos, con miras a precisar qué queda de los otrora riquísimos fondos documentales de México, y con fundamento en la ley federal de

protección de monumentos y zonas arqueológicas, proceder de inmediato a poner en práctica medidas de salvamento y de custodia.

Los peticionarios esgrimen un argumento irrefutable: *el gasto que esto puede significar, no será superfluo y de esto estamos firmemente convencidos, el mismo atenderá a mantener valores de máxima importancia para la Nación, y valores de los que la Nación es depositaria en un contexto universal* ("Excelsior", 9-XII-75). Es este un raciocinio que persuade al más tozudo. Los viejos litigantes llamaban a esta clase de alegato: argumento Aquiles.

Lo que invierta el Estado en la protección de sus documentos, es altamente reproductivo desde todos los puntos de vista, y más aún en el campo cívico y cultural, ya que aquellos infolios forman parte del patrimonio histórico de la Nación, y ellos son la memoria de la patria.

Se alega que tales cosas —como la de Zacatecas— pasan en México por falta de conciencia, falla que advierten tanto en las autoridades como en los particulares, que no se percatan del valor del acervo histórico documental; y esto ha hecho que factores individuales, entre los que cuentan la desorganización, el descuido, la imprevisión, hayan llevado a la pérdida y desmembramiento de los archivos.

México es cabeza del primer virreinato establecido en el Nuevo Mundo (1535), y su documentación histórica es a la par que copiosa, de importancia capital para toda Hispanoamérica. Por ello los siete defensores de su patrimonio hablan de contexto universal, al referir-

se a los valores de que es depositaria la gran nación azteca.

En Venezuela, venimos, desde hace años, empeñados en la labor de vigorizar nuestra conciencia archivística. Si bien existen apreciables logros en la capital, no pasa, así, en el interior de la República, en donde nuestros repositorios documentales —en su mayoría— están mal ubicados, sus sedes son casas que no llenan los más mínimos requisitos de seguridad y de mantenimiento, con anaqueles inservibles e instalaciones defectuosas; expuestos los papeles a la humedad, al sol y a la acción de los agentes bióticos.

Los archivos eclesiásticos, van camino de mejoramiento. En el Primer Congreso de Historia Eclesiástica, que se celebró en Maracaibo, del 5 al 8 de noviembre de 1969, se recomendó la centralización de los archivos parroquiales en la capital de la Diócesis. Esto se ha realizado con singular eficiencia en Trujillo. Es ejemplar la organización que la autoridad eclesiástica ha dado a este instituto diocesano.

Lo mismo debe hacerse en el plano oficial. Centralizar los archivos públicos en un solo archivo general. Esto lo sugerimos en Mérida, en 1966. Pero para ello es indispensable estructurar la conciencia archivística que falta. Con la centralización ha de venir en cada Estado la construcción del edificio funcional, la dotación congrua, el personal idóneo, y a la cabeza de este un Licenciado en Archivología.

La historia no sólo está en los documentos que se guardan en Caracas, está también y en gran medida, en los papeles de la provincia, muchos de los cuales se

perdieron en las guerras civiles, pero otros tantos escaparon de la saña demoledora de las montoneras, y es indispensable salvarlos ahora de la incuria y de la imprevisión, tan demoledora como aquellas.

(1975)

UN CURSO DE EXCEPCION

Fue en los meses finales de 1941. Varios individuos de número de la Academia Nacional de la Historia comprendieron que para completar su cultura y adquirir un poderoso auxiliar para sus investigaciones en el campo de los archivos, debían alcanzar conocimientos de *Paleografía*, ciencia que no habían tenido oportunidad de cursar en sus ya lejanos tiempos de estudiantes universitarios.

La ocasión era más que propicia, puesto que en Caracas se encontraba para entonces la Doctora María Teresa Bermejo, española, que había sido alumna emérita del Profesor Doctor Agustín Millares Carlo, máxima autoridad en esta materia.

Ultimados todos los detalles concernientes al curso, la profesora trazó un programa para leer la asignatura en veinte clases. Al efecto se escogió un salón en el local de la Academia Nacional de la Historia, ubicada entonces en el edificio con torre almenada que mandó a construir Guzmán Blanco en 1882 para Palacio de la Exhibición, sito en la esquina de La Bolsa, sede hoy de la Corte Suprema de Justicia.

La clase inaugural contó con la presencia de los siguientes alumnos: Alamo, Antonio; Arcaya, Pedro Manuel; Coll, Pedro Emilio; Gil Fortoul, José; Lecuna, Vicente y Navarro, Nicolás Eugenio.

A las subsiguientes lecciones no asistió Gil Fortoul, pero los demás continuaron con matemática puntualidad. Todos provistos de los útiles necesarios

para la mejor recepción de la enseñanza: cuadernos de clase, láminas, lápices, tiza, etc. En el centro del aula presidía la majestad del recinto un ancho pizarrón, cedido especialmente por el doctor Lecuna.

Un grupo por demás brillante, pero no por ello exento de ciertas peculiaridades, que bien recuerda la maestra Bermejo. No olvida que don Vicente era harto discutidor, protestaba con frecuencia; a Pedro Emilio no le gustaba que lo hicieran pasar al pizarrón; Arcaya era sumamente serio; y Navarro y Alamo pujaban por sobreponerse uno al otro.

A lo largo de las veinte lecciones, nuestros académicos asimilaron perfectamente unas ilustrativas nociones de *Paleografía* y *Diplomática*, tan necesarias a los estudiosos de la Historia y de los Archivos, que deben entrar en el dominio de las viejas escrituras hispánicas, desde la *capital clásica* hasta la *procesal encadenada*.

Para 1941, los espléndidos alumnos de la extraña cátedra de Paleografía superaban con harta longura la edad de la institutora, Alamo contaba: 68; Arcaya, 67; Coll, 65; Gil Fortoul, 79; y, Navarro, 74. Con excepción de Gil Fortoul y de Coll, todos los demás figuran en el cuadro de los Directores de la Academia. Coll fue Bibliotecario-Archivero.

Nunca profesora alguna ha contado con más ilustres discípulos. Y ellos que eran sabios en tantas cosas, demostraban con el afán de asimilar otras, ya en el crepúsculo de la existencia, que lo que importa es el espíritu de superación, el empeño edificante de hacer más amplio el radio de la cultura particular para servir mejor a la colectividad.

Posteriormente —para alumnos regulares— se abrió un curso en el Archivo General de la Nación, que finalizó el 27 de febrero de 1942. En la prueba final actuó como examinador Monseñor Navarro, a quien tocó corregir unas transcripciones de letra procesal. Estas lecciones, ante otros aspirantes, se repetirán en la Academia Nacional de la Historia, entre octubre de 1948 y marzo de 1949.

El programa de la profesora Bermejo —para los tres cursos— comprendía desde los orígenes del alfabeto latino hasta la vigencia de la letra procesal (siglos XVI y XVII). Como nota final se refería a la escritura renacentista (*itálica*), que reemplaza a la procesal.

La doctora María Teresa Bermejo de Capdevila, nació en Oviedo, el 20 de septiembre de 1913. Latinista, archivóloga, bibliotecóloga, arqueóloga, historiadora, publicó importantes transcripciones en el Boletín del Archivo General de la Nación, Revista de Hacienda y Revista de Fomento. Fue asesora de varios Institutos y Paleógrafa de la Academia Nacional de la Historia, Corporación a la que pertenece como Miembro Correspondiente, desde el 23 de junio de 1949. Los proponentes fueron sus preclaros discípulos Navarro y Alamo, y el no menos preclaro Santiago Key-Ayala.

Antes, los paleógrafos eran hábiles amanuenses, que a fuerza de descifrar antiguos documentos se hacían diestros en este oficio por la vía autodidáctica. Eran prácticos carentes de principios científicos. Entre nosotros abundaron en los archivos y registros, y claro que sus transcripciones dejaban mucho que desear.

Hoy, en las Escuelas de Historia y de Archivología, se cursan regularmente la Paleografía y la Diplomática. Y sería altamente útil que la obligatoriedad de su enseñanza se extendiese a Derecho, Letras y Sociología.

UN NUEVO TRABAJO DE LODOLINI

El Prof. Dr. Elio Lodolini es un archivólogo italiano de dilatada obra científica. Catedrático de materias relacionadas con la Archivología durante largos años en la Escuela de Archivística, Paleografía y Diplomática de Roma y asimismo Director emérito del Archivo del Estado de la misma capital italiana.

El magisterio de Lodolini no se ha quedado en los límites de su país, sino que con largueza se ha extendido a otras latitudes. Sus libros, sus folletos, sus artículos de prensa, ya en el idioma original, ora traducidos al español, han llegado a todos los países de Hispanoamérica, en cuyos centros de enseñanza son familiares su nombre y su obra.

L'Archivio e la ricerca es el título del trabajo de Lodolini que tenemos a la vista, es una muestra didáctica de carácter permanente del gran repositorio italiano, trabajo al que ha contribuido, igualmente, la especialista Rita Cosma.

Se hace un estudio corto pero preciso y meduloso acerca de la historia de los archivos, los repositorios documentales del mundo antiguo hasta llegar a los archivos del Estado en Roma y los de la Santa Sede. Luego se analiza todo lo concerniente al documento: la lengua, la escritura, la forma, la cronología y la materia escriptoria. Los documentos archivados, la labor del archivista, las Escuelas para la formación de archivistas y otras cosas más atinentes al desarrollo archivístico en

Italia, los documentos notariales y la función de los notarios. Termina la obra con índices de nombres y de lugares.

Además, se avala esta "mostra didattica permanente", con gráficos nítidamente dispuestos que reproducen documentos antiguos y modernos de enorme importancia, como contratos matrimoniales, privilegios, letras apostólicas y actas civiles, chirógrafos, testamentos, donaciones, estatutos, catastros, patentes náuticas, bulas y breves, documentos en lengua árabe y decretos de Napoleón, Emperador de los franceses, rey de Italia, etc.

Muchos de los trabajos de Lodolini se encuentran en las páginas de su revista *Rassegna degli Archivi di Stato*, que recibimos, desde hace mucho tiempo, como canje con el Boletín del Archivo General de la Nación. Sería de desear que el propio autor compilara en uno o varios volúmenes su fecunda y aleccionadora obra, que bien podría agruparse bajo el título de *Archivistica General*. Sin duda que una vez conformado el libro en italiano, no faltará el colega que lo traslade al español, tal como hizo doña María Fernanda Iglesia Lesteiro, del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, con el manual de Giuseppe Continolo, *Come Organizzare L'Archivio*, que en nuestro idioma se denomina "El Archivo en la Organización Moderna" (Bilbao, 1965).

Otros archivistas-paleógrafos italianos que nos auxilian con sus obras son Adriano Cappelli, autor de *Dizionario di abbreviature latine ed italiane* (1967) y José Mazzoleni, autor de *Paleografia e Diplomatica y Manuale di Archivistica* (1972).

Pero, sin duda que el más conocido y el mayormente vinculado a los países del Nuevo Mundo, es Elio Lodolini, cuyo proyectada *Archivística General*, cuenta desde ahora con quien habría de realizar la versión española, nos referimos a la Dra. Marisa Vannini, profesora de la UCV, poetista, escritora, investigadora de la historia, muy ligada a los archivos, italiana de origen, pero que ya con el tiempo que lleva en Venezuela, dedicada a la noble tarea de la enseñanza, es una venezolana más, a la que mucho le deben la cultura y la docencia nacionales.

LA GUIA DEL ARCHIVO DE LA ANH

El archivo de la Academia Nacional de la Historia (ANH) es uno de los repositorios documentales más importantes del país, no por el hecho de ser una dependencia de la docta Corporación, sino también y en gran medida por la riqueza histórica que entraña y por la organización que se ha dado a sus fondos.

Este archivo no guarda exclusivamente manuscritos, ya que su contenido se extiende a libros y folletos de antigua data, de difícil consecución en las librerías de Venezuela o del exterior, entre esos impresos hay incunables y valiosos ejemplares de los años siguientes a 1500, que fueron estudiados y descritos por el inolvidable maestro don Agustín Millares Carlos en su *Catálogo razonado de los libros de la Academia Nacional de la Historia correspondiente a los siglos XV, XVI y XVII* (Caracas, 1969). Al lado de las rarezas bibliográficas existen numerosas fotografías de personajes de diferentes épocas, cuadros de pintores consagrados, estampas de Bolívar, de Sucre, de Urdaneta, de Páez, etc. Monedas y medallas, que son no solamente de Venezuela, también de otros países, en especial de los de Hispanoamérica.

Contamos con algunas reliquias del Libertador, entre éstas una hebra de cabello y una partícula de plomo del féretro en que fueron traídos sus restos a Caracas en 1842.

A los académicos fallecidos se les rinde el diario homenaje del recuerdo, pues desde 1961 se comenzó a

organizar un pequeño museo con objetos que en vida pertenecieron a aquellos colegas, museo que para esta fecha ha crecido considerablemente y que llama la atención de los visitantes, que allí contemplan pertenencias del Dr. Juan Pablo Rojas Paúl, Gral. en Jefe Jacinto Regino Pachano, don Laureano Vallenilla Lanz, don Felipe Francia, Dr. José Ladislao Andara, don Manuel Segundo Sánchez, don Lisandro Alvarado, Dr. Ezequiel María González, Dr. César Zumeta, Dr. José Gil Fortoul, don Rufino Blanco-Fombona, don Pedro Emilio Coll, don Luis Correa, Gral. en Jefe Eleazar López Contreras, Monseñor Dr. Nicolás Eugenio Navarro, Dr. José Santiago Rodríguez, Dr. Calixto González, Dr. Antonio Alamo, Dr. Vicente Lecuna, Dr. Vicente Dávila, Dr. Pedro Manuel Arcaya, Dr. Santiago Key Ayala, doña Lucila Luciani de Pérez Díaz, Dr. Caracciolo Parra Pérez, Dr. Angel Francisco Brice, don Jesús Antonio Cova, Dr. Jesús Arocha Moreno, don Enrique Bernardo Núñez, don Ramón Díaz Sánchez, don Carlos Manuel Möller y Dr. Héctor Parra Márquez.

En la documentación del archivo ocupan puesto de primer rango los 63 tomos de papeles del Generalísimo Francisco de Miranda, que se conservan en una arca especial, en cuya parte superior se exhibe un busto en bronce del Precursor de Precursores y Maestro de los Libertadores de América. También, en un mueble especial —bargueño— se custodian los originales de la Constitución de la Provincia de Caracas de 1812.

El archivo de la ANH y los servicios de Biblioteca y de Hemeroteca están abiertos al público. La investi-

gación en los fondos documentales y la consulta en biblioteca y hemeroteca se rigen por las normas propias de un instituto académico.

En monografías de anterior data nos hemos ocupado detalladamente de nuestros haberes documentales y hemerográficos. En *El archivo del Precursor* relatamos el origen de esta preciosa colección y la forma en que vino a engrosar los fondos de la ANH (Italgráfica, C.A. Caracas, MCMLXVI). En *El archivo de la Academia Nacional de la Historia*, hablamos del nacimiento del instituto desde la misma fecha en que se crea la Corporación, puesto que archivar manuscritos, impresos y demás materiales para la historia del país, en todas sus manifestaciones, es uno de los fines medulares que se le da a la ANH en el artículo 2º del Decreto Ejecutivo de 28 de octubre de 1888, además recorrimos una a una las diversas secciones que componen el archivo (Biblioteca Venezolana de Historia. Archivo General de la Nación. Cuaderno N° 4. Caracas, 1966). Y en *La hemeroteca de la ANH* hacemos lo propio con los fondos hemerográficos con que cuenta el Establecimiento (En la misma colección anterior. Cuaderno N° 17. Caracas, Gráficas Continente, 1972).

Atinente a la Biblioteca de la ANH, el inolvidable colega Prof. Jesús Antonio Cova (1898-1964), quien fuera Bibliotecario-Archivero entre 1951 y 1957, publicó el Catálogo de las Bibliotecas Bolivariana y Mirandina, trabajo en que prestaron eficiente colaboración la Lic. Dolores Bonett de Sotillo y don Erasmo Colina (Imprenta Nacional, Caracas, 1957).

En 1965 y 1968, el Dr. Blas Bruni Celli, Director de la ANH, 1973-1983, publicó el Catálogo de la Donación Villanueva, 1ª. y 2ª. parte.

Con la mención de las anteriores publicaciones, hacemos saber que es vieja la preocupación de la ANH por informar acerca de lo que posee, adelantándose a la demanda actual de guías de archivos y bibliotecas que surgen a diario de las asambleas internacionales de archivología, bibliotecología e historia.

Todas las dependencias de la ANH han engrosado enormemente, al punto de que se impone la elaboración y edición de nuevos y más completos catálogos, que han de servir, sin duda, para dar a conocer en toda su amplitud nuestros importantes fondos documentales, bibliográficos y hemerográficos, a la vez de orientar a los usuarios que todos los años aumentan en número.

La ANH ha realizado un programa de ediciones sin precedentes en Hispanoamérica y a ese programa ha incorporado en los últimos tiempos la serie *Archivos y Catálogos*, de la que ha circulado el N° 1 "Archivo del Gral. Bartolomé Salom" y está en prensa el N° 2, "Colección Manuel Felipe Tovar". Al grupo se incorpora el presente volumen —N° 3— que es una guía catalográfica del archivo de la ANH, cuyas fuentes son los ficheros de las diversas secciones.

Este catálogo, de suyo muy completo, ha sido elaborado por Berthalibia Bossio Penso, competente empleada del archivo de la ANH.

Cabe recordar a las antecesoras de la señorita Bossio Penso en el cargo de Paleógrafa, son ellas la ya cita-

da Lic. Dolores Bonett de Sotillo, fallecida el 29 de noviembre de 1980, y Carmen Trujillo Torres, quien se retiró de la ANH para pasar a otro destino en el Archivo General de la Nación, tanto la Lic. Sotillo como la señorita Trujillo Torres trabajaron incansablemente en la clasificación y catalogación de papeles y en la elaboración y ordenación de los ficheros.

Uno de los más altos aciertos de la Corporación ha sido la creación dentro de la colección central *Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia*, de la serie *Archivos y Catálogos*, que ha dado forma a una loable iniciativa del Departamento de Investigaciones Históricas, que dirige nuestra ilustre colega Dra. Ermila Troconis de Veracoechea. Esta guía del Archivo de la ANH, va al público gracias al nacimiento de la nueva serie a que aludimos, la que, sin duda, enriquecerá nuestra bibliografía histórica y archivística con muchos otros volúmenes.

(1983)

GUIA DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACION

En su artículo 5, la *Ley de Archivos Nacionales*, de 13 de julio de 1945, vigente, señala que el Archivo General de la Nación (AGN), funcionará como Centro de Investigación y de Cultura Histórica, conforma a esta norma, nuestro instituto da amplias facilidades a los estudiosos de nuestro pasado para bucear en el fondo de nuestra documentación y extraer todos los datos necesarios para sus trabajos históricos, al mismo tiempo que, por medio de cursos periódicos se dan orientaciones valiosas en el campo de la Archivología y tanto su Boletín que lleva ya más de 60 años de existencia, como la Biblioteca “Dr. Vicente Dávila” y los volúmenes y cuadernos de su colección *Biblioteca Venezolana de Historia*, fundada en 1962, contribuyen a la obra de divulgación cultural que ha trazado con gran tino el legislador venezolano, como una de las funciones primordiales del instituto.

Desde hace muchos años, el AGN ha dado las mayores facilidades para que los alumnos de la Escuela de Bibliotecología y Archivología de la Universidad Central de Venezuela (UCV), realicen las prácticas indispensables en asignaturas que así lo requieren para su perfecto dominio, tales Paleografía, Diplomática, Archivos Históricos, Microfilm y Laminación y Restauración de documentos. Un día de la semana está destinado exclusivamente a la función docente en este sentido.

La transcripción de documentos —arte y ciencia— que antes fue materia autónoma en el pensum de Archivología, pasó a ser un apéndice de Paleografía, ofrece normas y conocimientos que indispensablemente deben estar en el bagaje del archivólogo, del

historiador, del sociólogo, del comunicador social que muchas veces en sus contactos con los documentos se topan con antiguas escrituras de trazos y abreviaturas difíciles, cuya interpretación cabal da luz y mérito a sus trabajos. El AGN ha ofrecido y ofrece en lo que atañe a esta materia, el más ancho campo experimental, puesto que sus fondos son ricos en papeles de los siglos XVI, XVII y siguientes; sobre todo, las escrituras de la primera centuria citada presentan un muestrario de letras imponente, en donde está grabada la acción del escribano que intervino en el asiento de los más valiosos testimonios del descubrimiento, la conquista y la colonización. Allí las letras cortesana, procesal, procesal encadenada e itálica.

Por su estrecha colaboración con la UCV, desde hace muchos años, el AGN se ha transformado en un instituto de extensión universitaria, al punto de que en nuestra sede sea constante y continua la visita, o mejor el trajinar de profesores y alumnos de la Escuela de Archivología y Bibliotecología de la Facultad de Humanidades y Educación de la citada Universidad. Esta visita, por lo menos una vez al año, la recibimos, igualmente, de los cursantes de la rama archivológica en la Universidad Nacional del Zulia (LUZ), cuando formó parte de su plantilla de catedráticos el inolvidable maestro Dr. don Agustín Millares Carlo (1893-1980). El sabio ductor catalogaba al AGN entre los más importantes repositorios de Hispanoamérica.

Importa recordar en eso de las relaciones AGN y UCV que dos de los directores del Archivo General de la Nación —entonces Archivo Nacional— fueron pioneros de la docencia archivística, puesto que por

iniciativa de ellos se realizaron entre nosotros los primeros cursos para la enseñanza de la Paleografía y la Diplomática, como también de técnicas de archivo, se trata de Mario Briceño-Iragorry (1897-1958), director entre el 1º de agosto de 1941 y el 25 de noviembre de 1943, y don Luis Yépez (1889-1964), director desde el 26 de noviembre del mentado año 43 al 31 de julio de 1944. Estos cursos contaron con el apoyo entusiasta de la Academia Nacional de la Historia (ANH), cuya dirección para esa época desempeñaron sucesivamente el Dr. Cristóbal L. Mendoza (1886-1978) y el Dr. Pedro Manuel Arcaya (1874-1958), el Secretario de la corporación era Briceño-Iragorry y el Bibliotecario-Archivero don Pedro Emilio Coll (1872-1947). También la Biblioteca Nacional, dirigida por don Enrique Planchart (1894-1953), 1938-1953, organizó cursos para adiestramiento de bibliotecarios. De manera que los ilustres académicos Briceño-Iragorry, Yépez y Planchart —trilogía luminosa— son los precursores de la actual Escuela de Bibliotecología y Archivología de la UCV. La memoria de estos grandes de las letras nacionales, propulsores a la vez de los estudios bibliotecológicos y archivológicos, reclama el condigno homenaje del instituto universitario. Por su parte el AGN lo ha hecho reiteradas veces en su Boletín y en otras de sus publicaciones.

No debemos pasar por alto que viejos numerarios de la ANH se interesaron tanto en el conocimiento de la Paleografía y la Diplomática que, regresaron a sus lejanos tiempos de estudiantes y convirtieron en aula un viejo salón de la Academia y allí —armados de lápices, cuadernos, tiza y pizarrón— escucharon atentos y

silenciosos las lecciones que les dictó la entonces joven doctora doña María Teresa Bermejo de Capdevielle, competente especialista, que había sido discípula en España de Millares Carlo y cuya estancia en Caracas se aprovechó grandemente en la cátedra archivística. De ella se valieron para sus cursos Briceño-Iragorri y Yépez. De los conspicuos estudiantes de la ANH dimos cuenta en nuestro artículo "Un curso de excepción" (Vid: Bol. de la ANH. Caracas, enero-marzo de 1975. N° 229. pp 135-136). Esos cursantes fueron Antonio Alamo, Pedro Manuel Arcaya, Pedro Emilio Coll, José Gil Fortoul, Vicente Lecuna y Nicolás Eugenio Navarro. Como asentamos en la mentada oportunidad, nunca profesora alguna ha contado con más ilustres discípulos; y ellos que eran sabios en tantas cosas, demostraban con el afán de asimilar otras, ya en el crepúsculo de la existencia, que lo que importa es el espíritu de superación, el empeño edificante de hacer más amplio el radio de la cultura particular para servir mejor a la colectividad (Ib.).

La inolvidable colega Lic. doña Dolores Bonett de Sotillo (1906-1980), archivóloga, bibliotecóloga, historiadora, paleógrafa y diplomatista, quien fuera, además de profesora, directora de la Escuela de Bibliotecología y Archivología de la UCV —1973-1975— canalizó las prácticas de los alumnos de las clases de Paleografía y Archivos Históricos, hacia la catalogación y clasificación de fondos del AGN, en aquellas secciones con papeles de la colonia, que no habían sido trabajados por los empleados del instituto, práctica que se ha continuado. Cada año lectivo queda, pues, en el AGN el testimonio vivo de la pasantía regular de un grupo de aspirantes al título de archivólogo.

Discípulas y sucesoras de la Lic. Sotillo son las licenciadas María Luisa de Weishaar y Carmen Alida Soto, la primera profesora de Paleografía y la segunda de Archivos Históricos. Ellas enseñan a sus alumnos en el AGN lo que como antiguas cursantes aprendieron con enorme provecho bajo la orientación de la profesora Sotillo.

Las licenciadas Weishaar y Soto, obtuvieron el diploma de *Investigador más asiduo*, en el año 1983, reconocimiento que hace el AGN a quienes con mayor puntualidad concurren a la sede del establecimiento como consultantes de sus fondos documentales. También alcanzó esta distinción el Prof. Delfín Eduardo Blanco, catedrático de Archivología General, Microfilm y Archivo Administrativo I y II.

Las profesoras Weishaar y Soto, además de sus tareas específicas, se han empeñado en dotar a nuestro instituto de un instrumento fundamental, como es la *Guía del Archivo General de la Nación*. En este trabajo ellas contaron con todas las facilidades que era indispensable les diera el AGN, además del estímulo con que las respaldó la actual Directora de la Escuela de Bibliotecología y Archivología, Lic. Magdalena Hernández.

Esta guía hacía notable falta, pues hasta la fecha sólo se contaba con el folleto "Memoria sobre el Archivo General de la Nación", del Dr. Héctor García Chuecos (Caracas, 1951) y con dos trabajos nuestros "El Archivo General de la Nación" (1965) y "El Archivo General de Venezuela" (1975), estudios que están comprendidos en la tesis XI, de nuestras lec-

ciones de "Transcripción de Documentos" (*Vademécum de Archivología*, 1979, pp 421-426). Empero, los tres trabajos citados apenas dan una visión general del repositorio, no son, ni fueron concebidos como guías. El *Boletín del Archivo General de la Nación*, en más de 60 años de existencia, ha cumplido la labor de dar a conocer por medio de los índices de secciones que allí se publican, el riquísimo contenido del instituto mas la colección completa, a partir del año de su iniciación, 1923, la poseen muy pocos.

Las guías lo sintetizan todo y son el medio más eficaz para llegar a las fuentes documentales. La guía es manual y es brújula del investigador. En algunos países de influencia norteamericana —Puerto Rico entre estos— se intitula a estos instrumentos *guía al archivo*, se usa la contracción *al* en vez de la preposición *de*. En todo caso se da la idea de camino, de medio para llegar a algo.

El Consejo Internacional de Archivos (CIA) ha recomendado insistentemente la elaboración y publicación de guías de archivos y a propósito ha pergeñado una especie de cartilla con las indicaciones precisas para conformar dichas guías, a fin de que cumplan cabalmente su papel orientador.

La Dra. Grecia Vasco de Escudero, competente subdirectora del Archivo Nacional de Quito, Ecuador, desde las columnas del *Boletín Interamericano de Archivos* (vol VIII, p. 198. Córdoba, Argentina, 1981) y más recientemente en *Noticiero Archivístico* también de (Córdoba, Argentina, 1984), ha hecho un llamado que ha de tener eco en todas las latitudes de His-

panoamérica. Dice la ilustre archivista "No está por demás recordar que es más valedera una breve información que no tener ninguna. Por ello es imperativo emprender, así sea por etapas, la gran tarea de confección de guías nacionales de archivos, entendiéndose que esta responsabilidad es de todos quienes estamos vinculados con el quehacer archivístico en cada uno de nuestros países, siendo los archivos nacionales el eje principal de dicha tarea".

La Guía del AGN elaborada por las profesoras María Luisa de Weishaar y Carmen Alida Soto, contiene una información precisa y muy completa de lo que es y significa en Venezuela el más importante de sus repositorios históricos.

En un futuro, no muy lejano, vendrá la guía de los archivos históricos del interior del país, con base en los datos reunidos por los comisionados del AGN, que trabajan en el diagnóstico de los repositorios documentales de las diversas regiones de Venezuela.

(1984)

PERU, PAIS PUNTERO EN ARCHIVOS

Para la época de la colonia el Perú significó una de las posesiones más importantes de la España imperial en América, por la inmensidad del territorio, por su ubicación geográfica, por la fertilidad del terreno, por la riqueza minera y por la cultura de los antiguos pobladores. La importancia de la región se acrecentó para los tiempos de la Independencia, Bolívar, desde sus primeros atisbos emancipistas consideró que la libertad de la América Española no podía mantenerse en pie con un Perú dominado por la monarquía, con un Perú como baluarte del poder hispano. Entonces, todo el programa libertador bolivariano giró en torno de un eje: el Perú.

Estas mismas consideraciones nos llevan a fijar la enorme significación que tiene la tierra peruana en el campo de la historia, primero con los testimonios de su riquísimo pasado aborigen, segundo con los papeles que generó la conquista, la colonización y el desarrollo y vigencia de las instituciones peninsulares que dieron forma y médula a la administración española en el continente; y, en tercer término, con todo el proceso de la independencia, desde los movimientos iniciales del siglo XVIII hasta la batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824 y la capitulación de Rodil el 22 de enero de 1826.

La documentación peruana es, pues, inmensa y variada en relación con aquellas épocas, y muy rica, igualmente, en su parábola republicana, en donde han alternado en largos períodos los gobiernos popula-

res y las dictaduras de diverso cuño, pero siempre dentro de un celoso orgullo nacionalista.

En la actualidad, el Perú se caracteriza por una ansia creciente de superación en el plano archivístico. Seguros están los estudiosos de aquel hermano país que los archivos son de capital interés para el cabal desenvolvimiento de la administración pública. El documento refleja la acción del Estado y el archivo es la imagen de este. Esa imagen es de hoy en el archivo administrativo, llamado también vivo y actual, y es de ayer la imagen estatal, pero con vigencia siempre, en el archivo histórico, que es la memoria del pueblo.

Universalmente se ha mostrado gran preocupación por la tecnificación de los archivos. En este sentido han realizado apreciables esfuerzos la OEA y la UNESCO a través de sus programas internacionales. Se han extendido los sistemas nacionales de información (NATIS) y el Consejo Internacional de Archivos (CIA), con sede en París, ha jugado un papel de primer orden estimulando la celebración de congresos ecuménicos y asambleas regionales para discutir acerca del tema. También se han constituido asociaciones de profesionales de los archivos a lo largo del mundo.

La técnica ha avanzado considerablemente en nuestro campo. Automatización. Reprografía. Laminación, Restauración. Todo camina hacia la simplificación, economía de espacio y tiempo y hacia la mejor guarda y conservación del documento.

En el Perú, por recomendación de la UNESCO (1974), se ha implementado el Sistema Nacional de Archivos, descansa sobre dos bases jurídicas, la Ley Or-

gánica del Archivo General de la Nación y los Decretos 007-82 y 016-82, y se halla bajo la responsabilidad del Archivo General de la Nación (AGN). Se podría decir que todo ensayo ha de encontrar tropiezos serios, no son descartables tales tropiezos en el Perú, pero lo positivo es que todo se ha subsanado y los logros que nos ofrecen son verdaderamente aleccionantes.

El Archivo General de la Nación peruana comprende una red de repositorios que enlaza los departamentos de Arequipa, Ayacucho, Cajamarca, La Libertad, Cuzco, Piura y Tacna. Todos con importantes fondos documentales. Conocemos el del Cuzco, sito en la Casa del Inca Garcilaso, bajo la sabia dirección de Horacio Villanueva Urteaga, veterano del oficio, historiógrafo, indigenista, crítico de arte.

Además de estos institutos operan otros archivos en el Perú, como el Histórico Municipal, el de la Universidad Mayor de San Marcos, el del Museo Nacional de Historia, el de la Sociedad de Beneficiencia Pública, el Histórico Militar, el Riva Agüero y el del Fuero Agrario, todos en Lima. Por otra parte están los archivos arzobispales, los parroquiales, los de los conventos y monasterios, el del Congreso Nacional, el del Museo Naval, la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, etc.

Claro que en la cúpula de la organización archivística está el AGN, cuyo Director, Dr. Guillermo Durand Florez, ha realizado una estupenda labor, secundado en todo momento por un equipo de competentes archivistas, como el Prof. Alberto Salas Siles, Director Técnico, el Dr. Mario Cárdenas Ayaipoma, Director

General del Archivo Histórico, Lic. José Valdizán Ayala, Director General del Archivo Intermedio y Lic. Manuel A. de los Ríos Álvarez, Sub-director del Archivo Notarial. El AGN del Perú tiene una larga tradición que arranca en 1861; sus papeles más antiguos son del siglo XVI. La ordenación de fondos documentales peruanos comienza en la época de Bolívar; importa recordar que por abril de 1825 el Libertador encargó a Francisco Varrón formar los archivos de los Ministerios de Gobierno y Hacienda.

Con el tiempo el AGN ha venido ensanchando sus fondos, modernizando sus equipos y mejorando la calidad y cantidad de su personal, todo a esfuerzo y lucha de sus directivos, que muchas veces no han tenido la protección debida.

Buen papel ha jugado en el Perú la Asociación Peruana de Archiveros (APA), constituida fundamentalmente por miembros del personal del AGN, catedráticos de Historia de las Universidades y empleados de instituciones públicas y privadas que manejan documentos. La preside actualmente Manuel A. de los Ríos Álvarez.

De la acción conjunta del AGN y APA y la colaboración muy señalada del Instituto Riva Agüero, de la Pontificia Universidad Católica del Perú, han salido positivas realizaciones. Las que señalamos de mayor beneficio para la profesión son dos: Capacitación profesional y divulgación de la obra de los grandes archivólogos. Lo primero lo ha canalizado el Centro de Capacitación del A.G.N. para archiveros, con sus cursos periódicos y lo segundo la publicación de cuadernos

con trabajos de Vicenta Cortés Alonso, Frank Evans, Michel Duchein, Guy Dibosq, Miguel Danielián, T.R. Schellenberg, Luis F. Piazzali y Morris Rieger.

En estas actividades la cabeza visible es César Gutiérrez Muñoz, quien dejó huella imborrable en su paso por la Secretaría de la Asociación Latinoamericana de Archivos (ALA). Hoy está dedicado a la docencia en la Pontificia Universidad Católica del Perú, pero no pierde instante para la lucha sin descanso por la dignificación y mejoramiento de las instituciones archivísticas y por colocar a su país en el puesto de comando que ha de tener en Hispanoamérica.

Antes, desde la Secretaría de ALA, Gutiérrez Muñoz lanzó una hoja de divulgación archivística que circuló por todo el orbe hispanohablante (*Nota Informativa*); en la actualidad, edita un vocero con la misma orientación, *Mundo Archivístico*, que ya comienza a ser familiar entre los archiveros de España y América.

Entre el 30 de noviembre y el 3 de diciembre de 1974, se reunió en Lima el segundo Congreso Bolivariano de Archiveros, patrocinado por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Su temario fue el siguiente: Principios básicos para la legislación de archivos; Asociación de archivos bolivarianos; Archivos históricos y archivos no históricos; Archivos universitarios de los países bolivarianos; e Iconografía histórica. El Congreso de Lima fue continuación del I que se celebró en Caracas, del 13 al 17 de diciembre de 1967, al que asistió una nutrida delegación del Perú.

En diciembre de 1979, convocada por la Dirección del Archivo General de la Nación, tuvo lugar en

Lima una asamblea de Directores en la que participaron los países del Convenio "Andrés Bello": Bolivia, Colombia, Chile, Perú y Venezuela. Se trató acerca de Legislación, Formación Profesional, Infraestructura de los Archivos, Tecnología, Concentración de Archivos Eclesiásticos, Problemas de Ordenación y Descripción y Planeamiento para el desarrollo de los archivos nacionales y la tecnificación de la función archivística dentro del Convenio Andrés Bello. Las conclusiones fueron pasadas a los respectivos gobiernos.

Del 10 al 16 de diciembre de 1982 se realizó en Ayacucho, bajo la responsabilidad del Archivo Departamental, el Primer Seminario sobre organización de archivos administrativos e históricos, con más de doscientos participantes. APA se hizo eco del éxito de la jornada ayacuchana en su órgano divulgativo *Hoja Archivera* (Nº 40).

Entre el 8 y el 11 de agosto del año en curso (1983), se celebró en Lima el *Seminario para archivos de la América Latina sobre administración de documentos*, en el que intervinieron archiveros de Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, España, El Salvador, México, Panamá, Perú y Venezuela. Hubo varios observadores de Argentina y Perú. Y se contó con la presencia y asesoramiento del Prof. Dr. Frank Evans, representante del Director General de la UNESCO. Como Director del seminario actuó el Sub-Director General de Archivos de España. Las exposiciones del Dr. Evans fueron medulosas, llenas de sapiencia y estuvieron matizadas con la característica del que auténticamente vale: la modestia. Evans, años atrás, estuvo en Caracas, visitó el AGN el 23 de agosto de 1974.

En el seminario cada quien habló de las experiencias en su respectivo país. Es notable el progreso alcanzado por Argentina, en el campo audiovisual, su archivo en esta especialidad es modelo en el continente. El Director del AGN argentino Prof. César A. García Belsunce, es además Presidente de ALA. En Caracas también tenemos Archivos Audiovisuales, funcionan eficientemente, uno como dependencia del Instituto Biblioteca Nacional y otro de la División Audiovisual de la Universidad Central de Venezuela (UCV).

Empero lo medular del seminario peruano, aparte de las elucubraciones en torno a los archivos administrativos, fue lo concierniente a la situación y resultados del Proyecto-piloto del Perú, que tiene como base el estudio que al respecto elaboró, por comisión especial de la UNESCO, la Dra. Vicenta Cortés Alonso *Sistema Nacional de Archivos y Gestión de Documentos: RAMP Proyecto Piloto*, que es un exhaustivo trabajo realizado en el propio teatro de la experimentación, en el Perú, entre el 21 de mayo y el 31 de agosto de 1980.

Las mismas autoridades archivísticas peruanas que colaboraron con la Dra. Cortés para la elaboración de su estudio fueron las encargadas de poner a caminar el proyecto, especialmente en lo que atañe al Sistema Nacional y al establecimiento de los archivos intermedios. Acerca de estas realizaciones discurrieron pormenorizadamente el Prof. Alberto Rosas Siles, el Dr. Mario Cárdenas Ayaipoma y el Lic. José Valdizán Ayala.

El día 11 —conclusión del Seminario— visitamos la sede del Archivo Intermedio —Avenida Grau N° 442— del AGN, cuyo director Valdizán Ayala abundó en explicaciones sobre su funcionamiento.

Es de desear, como lo sugerimos en su oportunidad, que tanto el estudio de la Dra. Cortés, como las informaciones suministradas por Rosas Siles, Cárdenas Ayaipoma y Valdizán Ayala se remitan a los directores de los Archivos Generales de Hispanoamérica con miras a que en cada país se asimile en lo posible la experiencia del Perú.

Por estos y los otros logros que hemos mencionado, el Perú se ha transformado en un país puntero en materia de archivos y ello ha de llevarlo a un liderazgo que hace falta en la América Hispana. Antes que Francia y USA, con mayores títulos este liderazgo lo tendría España, pues nuestros Archivos Generales son en un 90 por ciento repositorios históricos cuyos fondos primordiales están constituidos por documentación de los siglos XVI, XVII, XVIII y buena parte del XIX que corresponde a las instituciones hispánicas. Pero es ilógico pretender que se pueda diseñar y conducir una política archivística desde España a través de funcionarios administrativos —más políticos que archiveros— que por su misma condición de servidores del gobierno partidista en turno, son de efímera actuación. Menos cuando tales funcionarios se creen autosuficientes en grado superlativo y se imaginan que del lado de acá del Mar Océano todavía somos “indios” y que ellos vienen de la Península a “descubrirnos”.

La dirección y patrocinio españoles no puede lograrse sino por intermedio de figuras con verdadero peso específico en la ciencia de los archivos, como Luis Sánchez Belda, quien fuera Presidente del Comité Internacional de Archivos y Director General de Archivos de España y es desde hace muchos años Director

del Archivo Histórico Nacional; Antonio Matilla Tascón, ex-Inspector de Archivos y autor de varios textos didácticos para ordenación de fondos documentales; Rosario Parra Cala, Directora del Archivo General de Indias de Sevilla (AGI); Julia Herráez y Sánchez de Escariche, ex-Subdirectora del AGI; José de la Peña y Cámara, ex-Director del AGI; Margarita Llopis Ponte, Directora del Archivo de la Delegación de Hacienda (Galicia); Vicenta Cortés Alonso, de luenga e ilustre trayectoria; Carmen Salas, organizadora de cursos para la formación de archiveros; María del Carmen Pescador del Hoyo, insigne investigadora, profesora en cursos para la formación técnica de archiveros y bibliotecarios; Diego Bermúdez Camacho, catedrático y ex-funcionario del AGI; María Teresa García Fernández, ex-funcionaria del AGI, paleógrafa, actualmente en los archivos de Granada; Antonia Heredia Herrera, autora de notables textos de Historia y Archivología, Directora de "Archivo Hispalense" y Jefe de Publicaciones de la Diputación Provincial (Sevilla); Carmen Crespo Nogueira, Directora del Centro Nacional de Microfilm y Restauración (Madrid); Jaime Sobrequés i Callicó, Director del Instituto Municipal de Historia de Barcelona; José Antonio Martínez Bara, Vicedirector del Archivo Histórico Nacional (Madrid); José Llavador y Mira archivero, abogado, historiógrafo, catedrático de Historia del Derecho Indiano en la Universidad Hispalense, y otras figuras más que sería prolijo enumerar, pero que son bien conocidas en el mundo archivístico español e hispanoamericano. No olvidamos a Agustín Millares Carlo (1893-1980), humanista, a quien no ocultaron secreto alguno los archivos,

las bibliotecas y los museos en donde se guardan testimonios del pretérito de España, enseñó Archivología, Diplomática, Paleografía y Latín en su país nativo y asimismo en Argentina, en México y en Venezuela. Un egregio maestro que dejó legiones de discípulos.

De no darse el liderazgo hispano, con el avance que experimenta la archivística en Perú, México, Argentina, Brasil, República Dominicana, Costa Rica, Ecuador y Venezuela, nos consideramos aptos para marchar solos, no nos creemos países subdesarrollados en nuestro campo, estamos por el contrario en un desarrollo que no lo detiene nadie. Y seguro que alcanzaremos todas las metas sin lazarillos, sin muletas.

El Perú tiene ya la experiencia de los archivos intermedios y está en capacidad de orientar en muchos aspectos. Tan solo le falta elevar los cursos del AGN al nivel académico indispensable para la formación de archivólogos, tal como lo hace Venezuela, en la Universidad Central (Caracas). La creación del instituto peruano la sugirió, entre sus acuerdos y recomendaciones, el II Congreso Bolivariano de Archiveros (1974). Perú podría tener una Escuela de Archivología con el mismo pensum y organización de la venezolana. Funcionaría en Lima como dependencia de la Universidad de San Marcos o de la Católica Pontificia. Y ¿por qué no pensar en una Escuela en el Cuzco? sería una sede ideal para un plantel de esa naturaleza; el Cuzco es una lección permanente de Historia de América. Una ciudad entre moles colosales que pregonan a los cuatro vientos la grandeza del pasado incásico. Con caminos dorados por el sol, en donde está viva la huella de Bolívar. El archivo del Cuzco y los reposito-

rios parroquiales serían el mejor laboratorio para los cursantes de Archivología. Muestra de los tesoros documentales de la región son los libros recientes *Cuzco: Aguas y Poder* de Horacio Villanueva Urteaga y Jeanette Sherbondy (s.f.) y *Cuzco 1689, documentos economía y sociedad en el sur andino* (1982), del citado Villanueva, la primera de las obras citadas se contrae a escrituras de primera mano que hablan de todo lo concerniente a las aguas de regadío existentes en el valle del Cuzco, entre los años iniciales del siglo XVII y las primeras décadas del XIX; y la segunda, recoge las noticias transmitidas por los curas sobre diversos aspectos de sus respectivas parroquias, en relaciones hechas, en 1689, al obispo Manuel de Mollinedo y Angulo. Los informes originales están en el Archivo de Indias de Sevilla, pero el Departamental del Cuzco posee copia en microfilm. Estas publicaciones corresponden al Centro de Estudios Rurales Andinos *Bartolomé de las Casas*, en su sección "Archivos de Historia Rural Andina", su Director es Guido Delran. Pablo Macera, acucioso historiógrafo del Perú, dice que el libro de Villanueva Urteaga "es un clásico en la bibliografía de las fuentes históricas peruanas". En Boletín del Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, N° 11, 1977-1981, aparece *El libro del cabildo de la ciudad del Cuzco* con estudio preliminar y notas de Laura González Pujana, de suma importancia para la historia colonial hispanoamericana. Las actas originales están en el archivo del Cuzco. La Escuela de Archivología que sugerimos se encuadraría en la Universidad Nacional del Cuzco.

El Perú cuenta además del cuerpo de archiveros que integran los profesionales que hemos nombrado, con historiadores muy ligados al medio archivístico, que colaborarían estrechamente en un ambicioso programa de alcance hispanoamericano. Mencionamos a Ella Dunbar Temple, con estudios de Archivología realizados en USA, Guillermo Lohmann Villena, Alberto Tauro del Pino, Estuardo Núñez, César Pacheco Vélez, Carlos Daniel Valcárcel, Carlos Aranibar, Raúl Rivera Serna, Luis Málaga Pedregal, Miguel Maticorena Estrada, Abel Carrera Naranjo, Héctor Centurión Vallejo, Rev. P. Armando Nieto Vélez, Pablo Macera, Yeconias Culquichicón Gómez, Elmer Robles Ortiz y José H. Estrada Morales.

César Gutiérrez Muñoz desde las páginas de su *Mundo Archivístico*, ha fijado en ocho puntos el cuadro de necesidades de los archivos en Hispanoamérica: Conciencia archivística; formación y perfeccionamiento de personal; legislación; construcción de edificios; restitución de bienes documentales sustraídos ilegalmente; estrecha relación entre los archivos de la administración pública; censo de archivos a lo largo del continente y publicación de guías y catálogos (Nº 6, Lima, agosto de 1983). El logro de estas metas es parte esencial del programa a que nos hemos referido.

Algo medular entre nosotros es lo concerniente a la legislación archivística. Muchos de nuestros países carecen de leyes y reglamentos en esta materia y otros cargan con estatutos obsoletos que requieren actualización. Perú y Ecuador están entre los pocos que cuentan con leyes y reglamentos adecuados, cónsonos con la época que vivimos. Los de Perú datan de 1982, los del Ecuador de 1983.

Laborar por el mejoramiento de los archivos y por la superación moral e intelectual de los archiveros, es contribuir de la mejor manera al progreso de la nación y por ende al de toda la comunidad hispanoamericana.

(1983)

PROPOSITO DE UN
GRAN LIBRO

A PROPOSITO DE UN GRAN LIBRO

De los Talleres gráficos de la Editorial Espasa-Calpe, de Madrid, ha salido (1983) una obra singular, es el *Tratado de Paleografía Española* del inolvidable Maestro don Agustín Millares Carlos (1893-1980), es lo que él llamaba la tercera edición del libro que dio a la luz pública en 1929 y que tendría una nueva salida en 1932. Con el intermedio de su *Album de Paleografía Hispanoamericana de los siglos XVI y XVII* impreso en México en 3 volúmenes (1955), y que trae como co-autor a otro especialista español, don José Ignacio Mantecón y Navasal.

A lo largo de 10 años trabajó don Agustín en la última versión de su *Tratado de Paleografía*, pero, desgraciadamente, apenas alcanzó a dar las instrucciones a la imprenta para la distribución de la obra en tres grandes volúmenes uno de texto y dos de láminas, que hacen un total de 1.050 páginas. La muerte sorprendió al autor el 8 de febrero de 1980. (Nacido en Las Palmas de Gran Canaria, el 10 de agosto de 1893).

Espasa Calpe y don José Manuel Ruiz Asencio, catedrático de Paleografía en la Universidad de Valladolid y Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia, han rendido el mejor de los homenajes al egregio humanista extinto, al hacer realidad la aparición de este libro; la empresa por haber ejecutado un trabajo admirable, en cuanto a papel, tipos, láminas, encuadernación, etc., y el Dr. Ruiz por haber suplido la pupila vigilante y la mano diestra en aquellos detalles en que él no pudo estar presente.

Si comparamos los textos de los tratados de Millares Carlos que corresponden a las diversas épocas de sus ediciones —1929, 1932— se podrá observar claramente que el de 1983, que comentamos, completa y renueva los anteriores de tal forma, que puede aseverarse que este es un nuevo libro, el último y más acabado *Tratado de Paleografía Española* que se haya publicado en nuestro idioma.

La obra trae un espléndido Prólogo del Prof. Dr. Tomás Marín Martínez, ilustre paleógrafo, sucesor, precisamente, de Millares Carlos en la cátedra de Paleografía y Diplomática de la Universidad Central de Madrid —hoy Complutense— y una Advertencia Preliminar de Ruiz Asencio. Recordamos que en los cursos de Paleografía e Historia del Libro dictados por Millares en el Archivo General de la Nación, citaba con especial cariño a sus colegas de Madrid, doctores José Simón Díaz y Tomás Marín Martínez.

Don Jorge A. Garcés (1903-1975), profesor de Latín, Castellano y Griego en el Seminario “San Luis”, de Quito, ecuatoriano, antiguo archivero en Quito, Individuo de Número de la Academia de Historia de su país, editó con destino a los estudiosos hispanoamericanos un manual que intituló “Paleografía diplomática española y sus peculiaridades en América” (1949) y asimismo una monografía “Cómo han de traducirse los documentos paleográficos de Hispanoamérica” (1961), además de ser autor de muchos artículos que dio a conocer en periódicos del Ecuador y principalmente en la Revista del Archivo Histórico Municipal, que dirigió largos años. Garcés proclamó: “Un paleógrafo, en su más amplio sentido de la palabra, debe

ser necesariamente un científico que se haya formado en el conocimiento de la evolución de la escritura, partiendo de las fuentes mismas de origen de los vocablos y de los elementos literales y de su evolución a través de los siglos. Así es como no concebimos nosotros que un paleógrafo, en tratándose del español, no domine el griego, el latín y el árabe que son los fundamentos de que arrancan el ochenta por ciento de las palabras de nuestro idioma''. (2^a ob. cit. pp 17 y 18). Aun cuando él no lo hizo con el pensamiento fijo en Millares Carlo, llegamos a la convicción de que tan solo don Agustín llenaba con creces tan exigentes cualidades.

Millares Carlo configuró su perfil de maestro desde muy corta edad. Otros necesitaron acumular años de experiencia para alcanzar las metas que él logró. Su ansia de saber lo lleva a ser un erudito en Latín, en Bibliología, en Paleografía, en Historia, en Diplomática. Doctor en Filosofía y Letras. A los 25 años (1918) gana la oposición para la cátedra de Latín en el Ateneo de Madrid; y en 1921 obtiene en gallardo concurso la cátedra de Paleografía en la Universidad de Granada, en donde se desempeña varios años y después vuelve a Madrid, allí en otra justa honrosa alcanza la cátedra de Paleografía y Diplomática de la Universidad Central (1926). Diez años después es electo Numerario de la Real Academia de la Historia (2 de febrero de 1934); se incorporó con un meduloso trabajo acerca de *Los códices visigóticos de la catedral toledana*, que contestó don Claudio Sánchez Albornoz (17 de febrero de 1935). Su paso por la Academia tiene dos épocas, la primera que comienza el citado año 34 con la elección, sigue el 35 con la posesión de la medalla 17 y termina

el 10 de mayo de 1941, cuando es dado de baja. Millares estaba en el exilio desde 1939. La segunda época la marca el 1º de abril de 1966 con la reincorporación como Numerario, esta vez le toca la Medalla 21 que la mantiene hasta el trance definitivo en 1980. En la Academia, aun cuando por poco tiempo. Millares ostenta los cargos de Bibliotecario y Decano.

El estudio de los códices presenta a Millares Carlo como la más alta figura de una novísima disciplina científica, la Codicología. Esos estudios datan de años atrás de su discurso académico y perseverará en ellos por ser este un tema que le fascinaba y que conocía a profundidad.

Incursiona también en el campo de las literaturas clásicas occidentales y nos deja un maravilloso libro, *La Literatura Latina*, con cuatro ediciones para 1964 en la colección Breviarios del Fondo de Cultura Económica de México.

Trabajo de Archivología, Bibliotecología, Historia, Crítica Literaria, Bibliografía, de todas queda su voz magistral plasmada en el artículo de revista, en el folleto, en el libro. Empero, la que mantendrá indeleble su memoria es su obra paleográfica.

El excelente libro que comentamos, *Tratado de Paleografía Española*, desde la Introducción (generalidades sobre la materia), que es su Cap. I, hasta el Cap. XXXII, que se contrae a los cultivadores de esta ciencia en España y en Hispanoamérica, es un prodigio de enseñanzas en el aspecto teórico sobre las diversas clases de escritura, así latina como españolas; las abreviaturas; los códices; los documentos; los numera-

les; los signos complementarios; las tintas; los instrumentos gráficos; etc. etc. Después de esta parte teórica está el inmenso cúmulo de láminas, láminas que corresponden sistematizadamente a cada unidad temática. Por otra parte, el primer volumen de láminas, que es el segundo de la obra, viene acompañado de unas *Normas de transcripción*, que son de extraordinaria utilidad. Se trata de las reglas que especialmente se han seguido en España y que en su mayoría se observan en América, puesto que coinciden en mucho con las que se aprobaron en Washington, en la Primera Reunión Interamericana sobre Archivos (7 a 27 de octubre de 1961).

Finalmente, los índices son muy completos y sabiamente elaborados de acuerdo con las modernas técnicas en esta materia: personas, códigos, documentos, figuras; se dan cuenta de los autores y obras citados y hay un apéndice bibliográfico.

En España durante los siglos XVIII y XIX se publicaron: "La Paleografía española", del padre Esteban de Terreros y Pando (1755), en la que colaboraron fundamentalmente los padres Andrés Marcos Burriel y Martín Sarmiento; "La escuela paleográfica de leer letras antiguas desde la entrada de los godos en España hasta nuestros tiempos", del padre Andrés Merino Irigoyen (1780). "Paleografía española" por Esteban Paluzie y Cantalozella (1846); "Compendio de Paleografía española" por Antonio Alverá Degrás (1846); "Paleografía Castellana" por Venancio Colomera Rodríguez (1862); "Manual de Paleografía diplomática española de los siglos XII al XVII" por Jesús María Muñoz y Rivero (1880). Y de la presente

centuria son, además de las ya citadas de Millares Carlo, "Elementos de Archivología, Paleografía y Diplomática" por Marcelo Núñez de Cepeda y Ortega (1943); "Láminas de Paleografía" por Saturnino Rivera Manescau y Filemón Arribas Arranz (1944); "Curso General de Paleografía y Diplomática españolas" por Antonio C. Floriano Cumbreño (1946); "Apuntes de iniciación a la paleografía española de los siglos XII a XVII" por Conrado Moterero y Simón (1963); "Paleografía documental hispánica" por Filemón Arribas Arranz (1965); "Elementos de Paleografía" por María Desamparados Cabañas Pecourt (1972); y, "Paleografía y Diplomática" por Tomás Marín Martínez y José Manuel Ruiz Asencio (1977).

En Brasil, concretamente en Sao Paulo, con fines eminentemente didácticos, como los de los textos españoles, el profesor Ricardo Román Blanco, editó en 1956, sus "Láminas de Paleografía" que comprende album y texto, allí al lado de documentos en lengua latina y portuguesa están antiguas escrituras españolas.

Durante su exilio, Millares fue utilizado por dos países de Hispanoamérica que recibieron sus sabias enseñanzas: México y Venezuela. Antes de la guerra española había pasado una temporada en Buenos Aires, en donde dirigió el Instituto de Filología. Entre nosotros Millares formó parte del cuerpo de profesores de la Universidad Nacional del Zulia, en Maracaibo, y en recorrido por los archivos viajó por gran parte del país, en contacto siempre con los viejos infolios del pretérito. Colaboró con la Academia Nacional de la Historia, de la que fue Individuo Correspondiente, con el Archivo General de la Nación, con la Universidad de

Los Andes (ULA, Mérida), con la Escuela de Archivología y Bibliotecología de la Universidad Central de Venezuela (Facultad de Humanidades y Educación, UCV, Caracas), con la Asociación de Escritores de Venezuela (A.E.V.) y con la Asociación Venezolana de Archiveros (AVA), de la que fue Miembro Honorario.

Todo cuanto se escriba en España y en Hispanoamérica en materia de Paleografía, Diplomática, Epigrafía, Historia, Filología, Bibliotecología y Archivología, tendrá como fuente obligada la obra de Agustín Millares Carlo.

AGUSTÍN SANCHEZ MERIDA

LUIS SANCHEZ BELDA

Con enorme pesar recibimos la noticia de la muerte del archivero español don Luis Sánchez Belda, ocurrida en Santander (Castilla la Vieja), el 8 de agosto de 1984. Nacido en Santorcaz (Madrid), el 12 de septiembre de 1920, contaba, pues, 64 años de edad, vida que nos parece corta para quien, como Sánchez Belda, tenía mucho más que dar como investigador de la historia y como jefe de archivo.

Sánchez Belda era un apasionado de su profesión, se puede decir que él no vivió para otra cosa que no fuera el contacto con los papeles viejos. En él se unían admirablemente el acucioso indagador del pretérito y el maestro que experimentaba especial goce en transmitir conocimientos.

Se licenció en Letras en la Universidad Central de Madrid en 1942; en 1944 hace oposición en el Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y se le ubica en el Archivo Histórico Provincial de Toledo. Alcanza el Doctorado en 1945 y gana por concurso la Jefatura de la Sección de Clero en el Archivo Histórico Nacional, de Madrid. Cargo en que se destaca como brillante archivero. De aquí que al correr de los años escale por propio valer cimeras posiciones. El 1º de Enero de 1953 es llevado interinamente a la Dirección del mentado Archivo Histórico. La confirmación definitiva no se hace esperar, y el 12 de diciembre de 1955, es Director titular.

Las actividades archivísticas las alterna Sánchez Belda con la labor docente que desarrolla en la Facul-

tad de Filosofía y Letras de Madrid, en donde profesa las cátedras de Historia de España y Universal de la Edad Media. Actúa también en la Escuela de Estudios Medievales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y colabora asiduamente en el Boletín de la Dirección de Archivos y Bibliotecas, en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, en Hispania, en Arbor, en Anuario de Historia del Derecho Español, en la Revista del Ejército y en otras publicaciones españolas y de otros países. Nuestro órgano divulgativo —*Boletín del Archivo General de la Nación*— inauguró la sección “Archivología” con un estudio de Sánchez Belda. El nos autorizó ampliamente para traer a esa sección todo cuanto estuviera calzado con su firma y que creyéramos útil para nuestro propósito de la formación de una conciencia archivística en Venezuela. En el tomo LIV, N°s. 204 a 207, enero-diciembre de 1964, está su trabajo “Edificios de archivos construidos en el último decenio”, magnífica relación de las edificaciones levantadas en Suecia, Bélgica, Alemania, Francia e Italia y da normas para una mejor orientación en esta materia, en cuanto a emplazamiento de los archivos, estética y funcionalidad del edificio, protección de los documentos y medidas contra el peligro de incendio, contra la humedad y contra los efectos de la luz. Este trabajo fue el fruto de un viaje de estudio que realizó Sánchez Belda por varios países de Europa para observar in situ las características de los edificios construidos para asiento de archivos públicos.

En 1968 Sánchez Belda es elegido Presidente del Consejo Internacional de Archivos (CIA), que es la máxima posición a que puede aspirar un archivero, ya

que el CIA es el organismo ecuménico más elevado que existe en el mundo archivístico. En esa presidencia Sánchez Belda sobresalió como organizador y le imprimió nuevos rumbos al Consejo, institución que hasta esa fecha no se ocupaba mucho de los países de habla española. Con Sánchez Belda Hispanoamérica es tomada más en cuenta y algunas asambleas se han de celebrar en España, con mayor proyección hacia los dos lados del Atlántico.

Durante muchos años Sánchez Belda tuvo en sus manos la Dirección del Archivo Histórico Nacional, solo abandonó el instituto cuando fue llamado a desempeñar la Dirección General de Archivos y Bibliotecas de España, abandono que no fue tal, ya que él no se desligó totalmente de su caro repositorio y volverá a su seno una vez concluida su función en aquel otro destino. Por iniciativa suya se establece en Madrid el Archivo General de la Administración.

Al Archivo Histórico Nacional Sánchez Belda le imprimió su sello, al punto de que al mencionar al gran instituto español, antes y después de la muerte del egregio archivero, no se puede prescindir de su nombre. Sánchez Belda tuvo antecesores ilustres, si a contar vamos desde la creación del Archivo Histórico Nacional, el 28 de marzo de 1866. En la nómina aparecen: Tomás Muñoz y Romero, Francisco González Vera, Vicente Vignau Ballester, Juan Menéndez Pidal, Joaquín González y Fernández, Manuel Magallón, Miguel Gómez del Campillo y Benito Fuentes Isla. Después de este viene Sánchez Belda. Todos realizaron apreciable labor, pero la organización técnica, es decir la estructuración de un auténtico archivo no se da sino a partir de la actuación de don Juan Menéndez Pidal,

entre 1908 y 1915, organización que continúa con los siguientes directores hasta culminar con Sánchez Belda. Aquella abrumadora tarea organizativa consistió, al decir del propio Sánchez Belda, en “reunir, sistematizar, organizar, reconstruir las primitivas procedencias, clasificar las series orgánicas, inventariar los legajos recibidos, revisar el contenido de millares y millares de ellos y redactar las cédulas de índices, de inventarios y catálogos” (Guía del A.N.H., 1958, p 14).

Como se sabe, el Archivo Histórico Nacional distribuye su riquísima documentación en 12 secciones: Clero secular y regular; Ordenes Militares; Estado; Juros; Universidades y Colegios; Sigilografía; Inquisición; Consejos Suprimidos; Códices y Cartularios; Ultramar; Osuna y Diversos.

La bibliografía de Sánchez Belda como historiógrafo y como archivólogo es copiosa. Citamos algunos títulos: *Aportaciones al Corpus de Códices Visigóticos*, *La Cancillería Castellana durante el reinado de Sancho IV*, *La Cancillería Castellana durante el reinado de Doña Urraca*, *Cartulario de Santo Toribio de Liébana*, *La Chronica Adefonsi Imperatoris*, *Documentos reales de la Edad Media referentes a Galicia*, *La expresión del día del mes en Cartulario de Santo Toribio de Liébana*, *Fuero y Ordenanzas Municipales de la villa de Santorcaz*, *Modernas tendencias de los estudios paleográficos*, *Notas de Diplomática*, *Los Reyes Católicos y el gremio de la Piel*, *Microfotografía*, *Una innovación en la técnica de encuadernar* y *Guía del Archivo Histórico Nacional*.

Ampliamente conocida en España y en Hispanoamérica, la obra de Sánchez Belda es de obligada consulta para profesores y alumnos de Historia, Letras, Derecho y Archivología de nuestras Universidades, y asimismo para los archiveros de cualquier parte del globo terráqueo que abriguen propósitos de superación profesional.

Personalmente, Sánchez Belda era sujeto que impresionaba en forma muy favorable por su caballeroso trato, apenas se le conocía se hacía propicio al diálogo, con la sinceridad y franqueza de alguien a quien se hubiese conocido mucho tiempo atrás. Sencillo y diáfano como los hombres que auténticamente valen por su peso específico.

Con la desaparición de Luis Sánchez Belda ha perdido España un eximio archivero, y nosotros los de Hispanoamérica, un maestro ejemplar.

INDICE

	Pág.
Dos Palabras, por M. B. P.	<u>5</u>
Mario Briceño Perozo, El Archivero, por Mario Cárdenas Ayaipoma	13
25 años en el AGN, por Emilia Troconis de Vera-coechea	23
La Archivología como ciencia	33
Blas Gallardo, benemérito del AGI	45
Conciencia archivística	49
Un curso de excepción	55
Un nuevo trabajo de Lodolini	61
La guía del archivo de la Academia Nacional de la Historia	67
Guía del Archivo General de la Nación	75
Perú, país puntero en archivos	85
A propósito de un gran libro	101
Luis Sánchez Belda	111

ESTE CUADERNO SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE EDITORIAL TEXTO, EN
EL MES DE JUNIO DE 1985,
CARACAS - VENEZUELA

